

PINOCHO

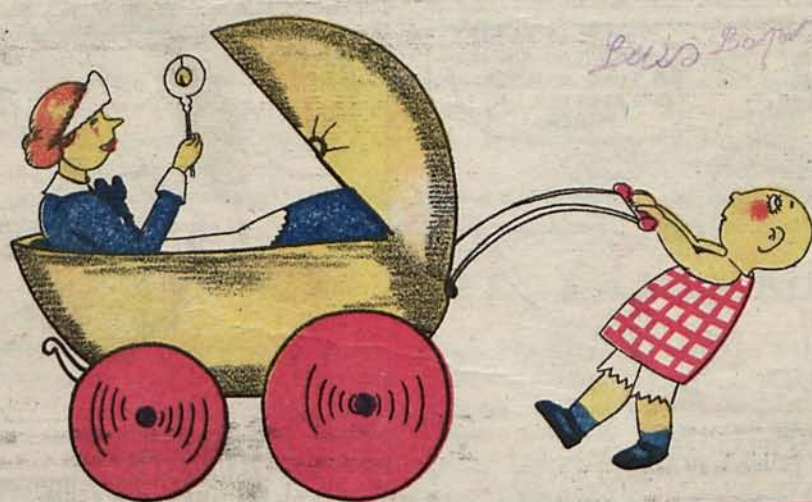
SEMANARIO INFANTIL

AÑO I
NUM 45

40 Cents.

27 DICIEMBRE
1925

PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"



VEASE LA EXPLICACION DE ESTOS DIBUJOS EN LA PAGINA SIGUIENTE

PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

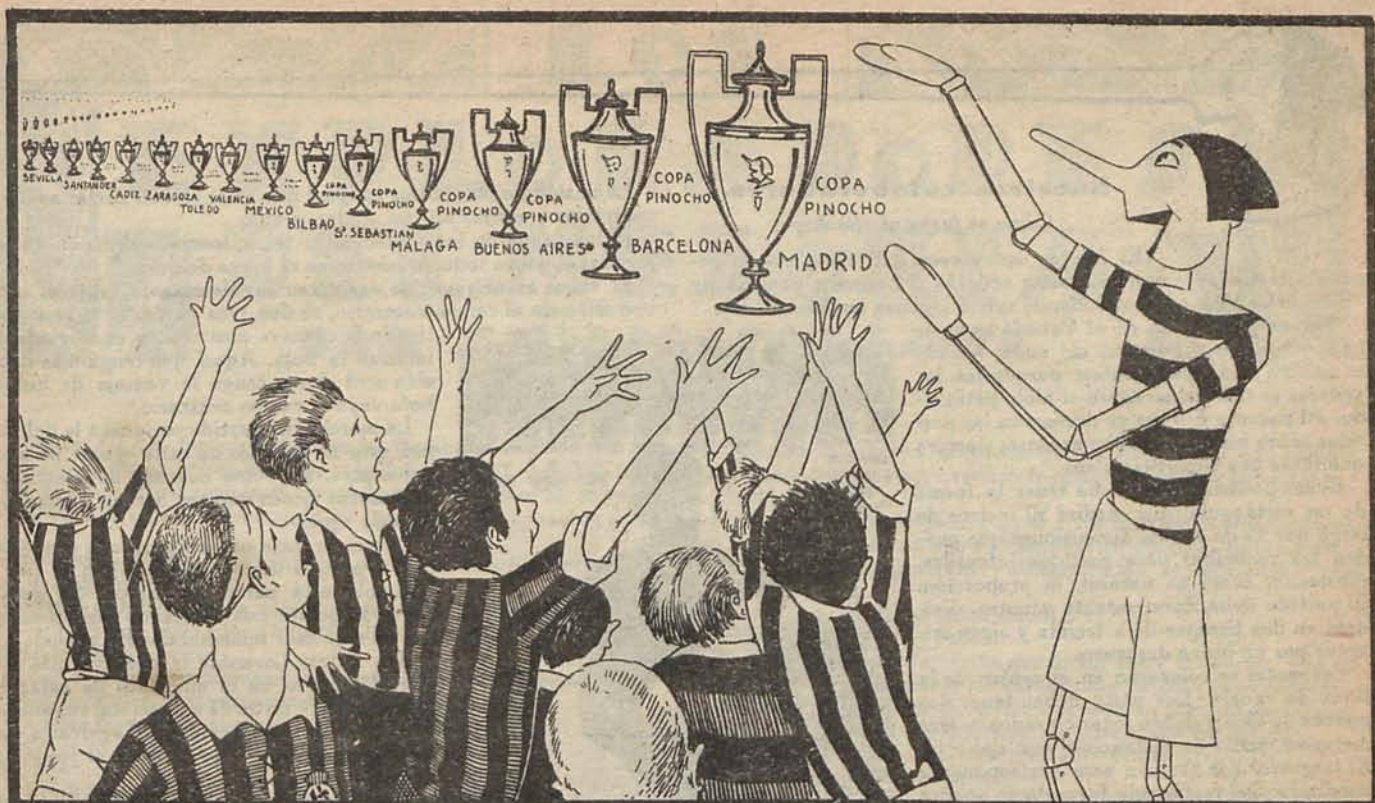
Pinocho pasea por el parque, en donde se prohíbe andar por los paseos, y se invita a los ciudadanos a marchar por el césped y a bañarse en los estanques.

Un ama de cría pasea en su cochecito y el niño lo lleva con la destreza del «chófer» de un autobús.

El ama se entretiene con un sonajero, mientras dice papá y mamá. La pobrecita aún no sabe decir otra cosa.

Unos ancianos venerables se entregan a recreos tan infantiles como inocentes. Pinocho queda patidifuso y boquiabierto.

(Continuará en el número próximo.)



¡AHÍ VA ESA MOSCA!

UNA FORMIDABLE COPA DE PLATA PARA CADA GRUPO DE EQUIPOS PINOCHISTAS EN TODA ESPAÑA

¡Leed! ¡Leed y asombrados! ¿Ha heredado Pinocho? ¿Se le ha subido el éxito a la cabeza y ha enloquecido? No se sabe. Lo, cierto es que esta mañana entró en la Redacción con la cara de los grandes días, y reuniéndonos a todos dijo nada menos que lo siguiente:

«Queridos amigos y camaradas: Bien sabéis que soy más refractario a los discursos que a dejar triunfar a Chapete; pero las circunstancias, como siempre, me obligan a hablar, y... lo haré, ¡vive Dios!, por mis agudos codos.

No asustarse. Se trata solamente de unas palabras, que aunque elocuentes y sentidas, serán muy claras y sencillas. El problema es

no aburriros con las palabras que espero cruzar con vosotros. Este problema de palabras cruzadas ya he dicho que será clarísimo:

Se trata de que quiero, mis queridos amigos, dar una muestra más de mi viva satisfacción, de mi viva simpatía, de mi viva... (Varias voces: «¡Viva! ¡Viva!») ¡Eso! ¡Ejem...! ¡Ejem...! (Pinocho refresca sus fauces con agua azucarada, porque no sabe cómo continuar el párrafo, esto es, como un orador de los de verdad.) Quiero regalar a los grupos de equipos pinochistas una copa, para que se la disputen en singulares y reñidos torneos.

La cosa es clara como el agua, mejor dicho, como debía ser el agua. Mas si esto no fuese suficiente, daré lectura al siguiente:

REGLAMENTO

Artículo 1.º Por toda capital de provincia o ciudad de más de 40.000 almas que reúna cuatro o más equipos pinochistas, Pinocho comprará una formidable copa de plata, que será adjudicada al Club que resulte vencedor del torneo local.

Art. 2.º Una vez formada lo que pudiéramos llamar Liga Pinochista de X, los componentes de ella (capitanes de cada uno de los Clubs) designarán a una persona respetable y de solvencia social que les represente cerca de nuestro Comité organizador.

Art. 3.º El Comité organizador de los «Torneos de Pinocho» residirá en nuestra Redacción, Valencia, núm. 28.

Art. 4.º En cuanto el Comité organizador tenga noticia de la organización de una Liga local, adquirirá el trofeo origen de esta deportiva competición.

Art. 5.º En los «Torneos de Pinocho» se seguirá la marcha llamada de eliminación.

Art. 6.º El presidente de la Liga será el llamado a resolver cualquier caso o incidente local, si es que éste se produjese.

Art. 7.º Para estos partidos, los Clubs contendientes nombrarán el árbitro de común acuerdo.

Art. 8.º Si antes de las doce horas anteriores a la fijada para dar comienzo al partido no hubiese recaído acuerdo sobre el arbitraje, esta cuestión será resuelta por el presidente de la Liga social.

Art. 9.º La duración de los partidos no podrá exceder de una hora, siendo, como es natural, los tiempos de media hora.

Art. 10. El trofeo será remitido contra el envío de las actas de los partidos jugados y la fotografía del Club vencedor.

Art. 11. En la Revista PINOCHO se publicarán con la debida amplitud las reseñas de estos partidos, así como toda clase de información gráfica.

Art. 12. El plazo en que deben inscribirse las Ligas expirará el 1.º de enero de 1926.

Art. 13. En todas las reclamaciones que el Presidente de la Liga formule entenderá, sin apelación, el Comité organizador.

Art. 14. Los preceptos reglamentarios del juego serán los establecidos en el Reglamento de la F. I. F. A.

Artículos adicionales.

A) El Comité organizador está facultado para admitir o rechazar cualquier grupo o Liga cuando ésta no esté constituida con arreglo a los preceptos reglamentarios o en el caso especial que lo crea menester.

B) El Comité organizador resolverá sin apelación todo litigio, duda o caso imprevisto.

C) El tomar parte en este torneo supone la aceptación plena de todas las condiciones, así como de todas las decisiones del Comité organizador y la renuncia a toda clase de protestas o reclamaciones por cualquier concepto.

□ □ □

—Y ahora —terminó diciendo Pinocho— sólo espero que en España entera mis amigos me preparen manifestaciones «espontáneas» de entusiasmo.



Nuestros colaboradores.

Cómo se juega al «hockey».

El *hockey* me parece que tiene sus orígenes en el Canadá, después, como todo lo del mundo, para tomar «categoría» vino a Europa, donde sufrió algunas modificaciones.

Bien es verdad que en el Canadá se jugaba sobre el hielo; por eso, sin duda, recibió el nombre de *skating-hockey*, porque los jugadores se deslizaban sobre el hielo patinando. Al pasar a Europa se deslizaron las partidas sobre hierba o terreno arenoso, siempre que fuese una superficie plana.

El campo del *hockey* debe tener la forma de un rectángulo, que medirá 90 metros de largo por 55 de ancho, dimensiones que pueden ser reducidas para partidos infantiles, quedando, como es natural, la proporción. El partido debe durar setenta minutos, dividido en dos tiempos de a treinta y cinco minutos por un breve descanso.

Las metas se colocarán en el centro de la línea de «goal». Los palos deben tener dos metros de alto y deben estar clavados a tres metros y medio de distancia el uno del otro. El larguero que los une será perfectamente cuadrado. Del rectángulo formado se pondrá una red, que se echará para atrás y se clavará en el suelo; es decir, lo mismo que en el fútbol, aunque mucho más pequeña.

El área de «goal» será un círculo, ante la meta, de 14 metros de radio.

Las pelotas del *hockey* son lo mismo que las del *cricquet*, es decir, de cauchú prensado y blanco.

Para jugar se esgrime un palo, *hockey* o cachava (nombre más apropiado en castellano, según el *Diccionario deportivo* de Acisclo Karag). La cachava debe ser toda ella de madera, sin parte alguna metálica, aguda o afilada. Su grosor será de cinco centímetros de diámetro y su peso de ochocientos sesenta gramos como máximo.

Para jugar al *hockey* se forman dos bandos que, como en el fútbol, estarán formados por once jugadores cada uno. El juego, como el del fútbol, consiste en meter la pelota en la meta contraria y evitar que los contrarios hagan lo propio en la nuestra. La colocación es lo mismo que en el fútbol. Los delanteros han de ser grandes corredores. Deben tener especial destreza en golpear la pelota con la cachava para evitar las *pasas*. Se llama *pasas* cuando la pelota rebasa, por demasiado o defectuoso impulso, la línea de banda *out*.



Nuestros «ases».

«Quesadita» (Carlos Quesada), delantero centro del «Pinochista invencible», verdadera maravilla de intuición futbolística en una de sus geniales intervenciones. «Quesadita», no sólo es un verdadero fenómeno del *chut*, sino que también se muestra como un maestro en la misión de todo buen delantero centro, cual es la de repartir juego. Veámosle cómo empalmando recoge un centro de un extremo que envía al ala contraria.

(Foto Alvaro.)

La misión de los medios es igual que en el fútbol: cortar avances contrarios y apoyar los del equipo propio.

A los zagueros les es necesario tener fuerza o decisión en las jugadas y, sobre todo, precisión en el toque de bola.

El saque es original: se adelantan los delanteros centros, cada uno mirando al campo contrario, se dan tres golpes al terreno, batiendo la cachava contraria, y en seguida se impulsa la bola. Aquel que tenga más decisión será el que tenga la ventaja de que la bola vaya al campo contrario.

La marcha del partido es igual a la del fútbol; esto es, después de cada «goal» se saca del centro, así como después del descanso. Los tantos tienen que ser hechos dentro del área de «goal».

La pelota tiene que ser golpeada con la cachava; pero es lícito detenerla con el pie o cualquier otra parte del cuerpo. Se puede coger la pelota con la mano; pero siempre que se deje caer inmediatamente al suelo.

Son faltas: Levantar la cachava más alta que el hombro en el momento de estar en juego, aunque no se dé a la pelota; enganchar con la cachava la del contrario; agarrar o empujar al contrario; intervenir en el juego sin llevar la cachava en la mano.

Si las faltas se cometen fuera del área de «goal», se castigará con un golpe franco, y si ocurriese lo contrario, con un «penalty». Los saques de banda se harán lanzando a rodar la pelota con la mano. Los pies del jugador que hace el saque deben estar fuera de la línea de banda.

Mientras se realiza la jugada no podrá haber ningún jugador a menos de cinco metros de distancia del jugador que realiza el saque.

Las reglas del «offside» son análogas a las del fútbol.

Si se hace un «córner», se tira así: A unos cinco metros del ángulo del campo correspondiente a la meta del equipo castigado se coloca la pelota.

Los «equipiers», castigados, se colocan en hilera tras la línea de «goal» y los del bando a diez metros enfrente, y también en línea.

Se tira el «córner» y los penados corren a la defensa y los contrarios al ataque.

Esto es, a grandes rasgos, las reglas que constituyen el juego de *hockey*.

P. R. y S.

□ □ □



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón; ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué olvidamos unas cosas y recordamos otras.

—Muy fácil pregunta. Muy fácil también la respuesta. Recordamos unas cosas, olvidamos otras. De algunos episodios de nuestra vida tenemos un recuerdo imborrable; de otros, en cambio, tenemos un recuerdo borroso, confuso, irreconstruible. Personas hay que no se escapan nunca de nuestra memoria. ¿Por qué?

—Eso te pregunto, amigo buho.

—Recordamos aquellas cosas que más fuertemente se gravaron en nuestra memoria, y en nuestra memoria se gravan, para no borrarse más aquellas cosas que nos impresionan profundamente. Por ejemplo: tú olvidarás mañana, quizás dentro de un rato, el tema de esta nuestra conversación. Pero no podrás olvidar nunca el primer día que viste a Pinocho. Mi conversación es cosa corriente, vulgar, no tiene la menor importancia...

—Sí la tiene.

—Gracias. Mi conversación no puede impresionar hasta el punto de hacerse imborrable. En cambio, el encuentro con Pinocho aquella mañana en la Castellana es un hecho extraordinario en tu vida, algo que no podrás olvidar nunca, aunque quisieras.

—Veo que llevas razón.

—Luego, después, hay episodios que no se olvidan porque fueron extraordinariamente agradables. Las cosas que nos hicieron gozar verdaderamente —una gira de campo, una noche en el circo, la lectura de un cuento interesante— quedan gravadas en la memoria para no desaparecer jamás. Lo triste, aquello que nos fué molesto, desaparece, en cambio, en el acto, y raras veces nos acordamos de ello.

—Me han dicho que las personas mayores recuerdan perfectamente los hechos de la infancia.

—Es verdad. Y ello tiene su explicación; mejor dicho, ello tiene dos explicaciones. Primeramente, las cosas que vimos cuando niños, fueron precisamente las que más nos impresionaron. Las veíamos por primera vez; prestábamos a ellas una atención desmesurada, y ello las hicieron imborrables. Por anciana que sea una persona y por desmemoriada que esté, no es posible que olvide ciertos hechos de su infancia. Además —y esta es la segunda explicación—, en la niñez el cerebro está como blando, y cualquiera cosa que pasa por él, queda gravada para siempre. No ocurre así cuando corren los años y el individuo lleva ya sobre su cabeza un cúmulo enorme de recuerdos.

—¿Es cierto que algunas personas pierden la memoria totalmente?

—Por completo, querido Chonón; hasta el punto de no recordar nada, absolutamente nada. Sé de una joven que, a consecuencia de un golpe, perdió la memoria. No sabía cómo se llamaba el tenedor, cómo nombrar la silla; había olvidado el nombre de las personas de su casa; lo había olvidado todo. Y poco a poco hubieron de enseñarla a hablar, como se enseña a un niño, mostrándole los objetos y diciéndola: «Esto se llama mesa, aquello es un cuadro, lo de más allá es una butaca.» Terrible. Algunas personas que padecen esta enfermedad recobran la memoria en un momento, de pronto, y se sueltan a hablar cuando menos se piensa. Otras comienzan por recordar lentamente, trabajosamente, hasta que recuperan su memoria perdida. Y otras, por último, no sanan nunca, y quedan así, desmemoriadas definitivamente, para siempre.

—Y ¿cómo se llama esa enfermedad de la memoria?

—Esa enfermedad, querido Chonón, se llama amnesia.

□ □ □

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

—POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Vicente, rabioso fumador, siempre las llevaba en abundancia. Se introdujo la mano en el bolsillo, y hallada la caja, encendió una. La pequeña llama rompió la horrenda oscuridad que se enseñoreaba de la caverna, proyectando su luz sobre las aguas murmurantes.

Otro nuevo grito se escapó de la boca de los tres hombres.

—¡Desaparecida...!

Los tres desgraciados se miraron uno a otro, aterrados. Un breve silencio reinó entre ellos, mientras la luz de la cerilla iba extinguiéndose poco a poco.

Roberto, que había permanecido guarecido hasta entonces en las mantas, rompió el primero aquella pausa angustiosa.

—La ola tiene que haber roto la cuerda —dijo.

—Estamos perdidos, ¿no es cierto, doctor? —dijo Vicente con acento firme.

—Perdidos aún no; pero nuestra situación es muy grave, no os lo oculto —dijo el señor Bandi.

—¿Creéis que la canoa se haya sumergido por el empuje de la oleada?

—No; estoy seguro de ello.

—¿Por qué lo aseguráis?

—Porque en ese caso alguna de nuestras cajas o algún barril hubiera sido arrastrado por el agua a la playa.

—¿Entonces tenéis aún la esperanza de encontrarla?

—¿Quién sabe!

—¿Creéis que haya ido muy lejos la canoa?

—La ola no puede haberla impelido muy lejos —contestó el doctor—. Si a mano viene, mientras nosotros la damos por perdida, se halla a pocos pasos de nosotros sin que la veamos.

—Pero entretanto estamos en la imposibilidad de verla.

—Eso es cierto, porque también la linterna ha sido llevada por el agua.

—Señor —dijo Miguel—, podíamos intentar algo.

—Explicat.

—Echarnos al agua para buscarla.

—¿Con esta oscuridad?

—Quizá logremos hallarla por casualidad.

—Probemos, amigos. Todo lo tenemos que intentar, porque sin la canoa no sé lo que sería de nosotros.

—Sería la muerte segura —dijo Vicente—. Ninguno de nosotros podría volver a la galería sin ella.

—Pues démonos prisa; cada instante que pasa puede disminuir la esperanza de encontrarla.

—Dejadme hacer a mí, doctor —dijo Miguel—. Vosotros quedaos aquí y encended una cerilla que me sirva de guía.

Los tres pescadores se desnudaron rápidamente y se sumergieron en seguida en las frías y tenebrosas aguas de la caverna, poniéndose a nadar con vigor sobrehumano.

¿A dónde iban? Era imposible saberlo. Iban al ocaso: cruzándose uno con otro, chocándose a veces, alejándose otras tanto el uno del otro que no podían oír el chapoteo del agua que hacían sus compañeros.

El temor de perderse en aquella lóbrega caverna o de hallarse de improvviso ante cualquier peligro, y el miedo al mismo tiempo, disminuía la eficacia de sus exploraciones, y después de dar treinta o cuarenta brazadas se reunían de nuevo.

Ni aun el mismo patrón Vicente lograba dominar aquel sentimiento de terror que les inspiraba la oscuridad. En vano trataba de recobrar su proverbial valor, diciéndose que aquellas aguas no eran diferentes a las otras que ya conocía, y que no había de encontrar ningún pez peligroso; poco a poco el miedo angustioso le paralizaba y retornaba a la playa, mirando tras de sí como si algún monstruo le persiguiese.

El doctor, de pie sobre la orilla, encendía de vez en cuando una cerilla para que los nadadores se pudieran orientar en la oscuridad.

En algunos momentos, creyendo que la canoa había sido hallada, preguntaba, pero siempre recibía la misma dolorosa respuesta:

¡Nada!

Durante una hora larga el patrón y los dos pescadores continuaron buscando, acercándose y alejándose en distintas direcciones, y por último, todos, rendidos y desesperados, se reunieron con el doctor.

¿Nada? —preguntó el señor Bandi.

—Nada —contestó el patrón.

El doctor dejó caer la cerilla que tenía entre los dedos, y la oscuridad volvió a tragarse a los cuatro desgraciados exploradores.

Durante algunos minutos reinó entre ellos un silencio abrumador. Parecía como si la angustia hubiese paralizado sus lenguas.

Finalmente, el patrón se aventuró a hacer una pregunta:

—¿Qué será de nosotros, doctor?

El señor Bandi no le contestó. Replegado sobre sí mismo, con las manos oprimiendo su cabeza y con los ojos abiertos, fijos en las tinieblas, parecía absorto en tristes pensamientos.

—Diga, doctor —repitió Vicente, después de algunos instantes—, ¿qué será de nosotros si no encontramos la canoa?

—No lo sé —contestó el señor Bandi, con voz apenas inteligible.

—Luego ¿es cierto que estamos perdidos?

—¿Quién sabe!

—¿Tenéis alguna esperanza?

—Que otra oleada nos la traiga de nuevo.

—¿Creéis que se repita?

Si ha sido producida por la marea, volverá a repetirse sobre estas orillas.

—¿Y si, por el contrario, el reflujo arrastrase la canoa hacia el canal?

—¡Calla, Vicente...!

—Sería nuestra muerte, doctor.

El señor Bandi no contestó.

—Oídme, doctor —continuó Vicente al poco rato—. ¿No podríamos hacer nada para salir de esta desesperada situación?

—¿Creéis que no nos sea posible llegar a la salida?

—¿En qué forma, Vicente?

No tenemos ninguna cosa flotante para poder transponer más de treinta millas. ¿Si fueras capaz de hacerlas a nado?

No; esperemos otra oleada, y quién sabe si alguna nos traerá la canoa.

—¡Seis horas de espera, una mortal eternidad!

—Tendremos que pasarlas —respondió el señor Bandi.

El diálogo terminó aquí.

Los tres pescadores y el doctor se tendieron sobre la arena, en espera de la vuelta de la marea. ¡Qué pensamientos tan tristes durante aquellas horas interminables...! ¿Qué sería de ellos si las aguas del reflujo no les devolvían su barco? Además, ¿era admisible que la empujasen precisamente al lugar de la playa donde ellos se encontraban? ¿Podían esperar tanta fortuna? ¡Ah, si no hubiera sido por aquellas tinieblas...! Además, la fatalidad de no poseer ni una simple lámpara, tan sólo unas cuantas cerillas que tenían que conservar hasta el último instante.

Las horas transcurrían lentamente, largas, como si fuesen dobles, sin que ningún acontecimiento rompiera aquella angustiosa espera. Un silencio profundo, absoluto, un verdadero silencio sepulcral reinaba en la inmensa caverna.

En la superficie de la tierra no se conoce el silencio absoluto: el vuelo de una mosca, el canto de un grillo, el silbido del viento, cualquier otro sonido se oye a cada instante; pero allá abajo, en la inmensa profundidad de aquella caverna perdida en las entrañas de la tierra, nada se podía oír una vez que la onda se hubo calmado.

¡Y además del silencio aquella oscuridad...! ¡Al menos, si algún rayo de luz, aunque hubiera sido el de una lámpara de aceite, hubiese iluminado aquellas aguas y aquellas rocas, negras como si fuesen de carbón!





Habían transcurrido unas dos horas, cuando el doctor oyó que alguno de sus compañeros hizo un movimiento; después vió que se levantaba bruscamente, haciendo crujir la

arena bajo sus pies.

—¿Quién se ha movido? —preguntó.

—Soy yo, doctor —dijo Miguel—. ¿No habéis oído nada?

—No; no he oído nada —dijo el señor Bandi.

—¿Estábais durmiendo?

—No; estoy desvelado.

—Pues yo he oído muy claramente un rumor que viene de allá lejos.

—Habrá sido algún pez.

—No, doctor; me ha parecido el golpe de un remo.

—¿Un golpe de remo, aquí? ¿Estás soñando?

—No, doctor, no soñaba; quizá no haya sido eso, pero es seguro que he oído un ruido allá lejos.

—¿No estaremos solos?

—Quizá sea que se haya desprendido alguna piedra —dijo Vicente.

—¡Ah...!

—¿Qué hay, Miguel? —dijeron Vicente y el doctor.

—¿No veis nada a lo lejos?

—¿Dónde?

—Allá, mirad... ¡La fosforescencia...!

El doctor, Roberto y Vicente se volvieron rápidamente. Por la abertura de la caverna entraban ahora en ella como llamaradas de azufre encendido, que se difundían lentamente por entre las tenebrosas aguas.

Eran las falanges de las noctilucas que avanzaban hacia la gran caverna impulsadas por la marea. Aquellas miriadas de pólipos entraban en ella en espesas filas, mezcladas con las espléndidas y multicolores medusas, centelleando como globos de luz eléctrica.

Aquella oleada de luz se extendía cada vez más, disipando las tinieblas.

Y el agua, poco antes tan oscura, brillaba ahora como si por encima y por debajo de ella surcasen serpientes de fuego.

Los tres pescadores y el doctor, de pie, contemplaban con estupor el maravilloso espectáculo, mil veces visto pero más espléndido a cada paso. Una lejana esperanza, que se iba agigantando cada vez más, animaba sus corazones.

Una barca perdida entre aquellas aguas luminosas tenía que hacerse visible.

¿Por qué no llegarían ellos a ver también su canoa?

—¡Abrid los ojos, mirad bien!

—repetía el doctor.

De pronto, un grito de alegría salió del pecho de Roberto.

—¡Allí, allí...! —decía con voz alterada por la emoción—. ¡Allí está, allí!

La ola luminosa había invadido ya media caverna y continuaba extendiéndose. Por el canal seguían desembocando los batallones de noctilucas. En medio de aquel centelleo maravilloso, el pescador había descubierto la canoa.

Estaba a unos mil o mil doscientos metros de la ensenada en que se encontraban, a corta distancia de una escollera que se prolongaba en sentido paralelo a la playa. La gran oleada no la había volcado milagrosamente, cuando un simple golpe hubiera sido suficiente para echarla a pique.

—Tenemos que recuperarla antes de que cese la fosforescencia —dijo el doctor.

Vicente y Miguel, los dos más hábiles nadadores, se desnudaron inmediatamente, no conservando más que sus fajas de lana rojas para meter en ellas sus cuchillos.

—¡Ven! —dijo Vicente.

—Ya estoy —dijo Miguel.

—¿Podrás resistir?

—No temáis: no me asustaría, aunque fueran cuatro millas.

Ambos pescadores se sumergieron en las aguas luminosas, levantando una corona de espuma fosforescente.

El doctor y Roberto, erguidos junto a la orilla, les seguían con las miradas, presa de indecible ansiedad. ¡Ay de ellos si terminaba la claridad antes de que llegasen al sitio donde estaba la canoa! Existía el peligro de que aquellos dos valientes se perdiesen entre las sombras y no pudiesen encontrar la orilla de que habían partido.

Vicente y Miguel nadaban entre tanto vigorosamente, hendiendo con rapidez aquellas aguas luminosas. Sus ojos no se apartaban de la canoa, que sostenida por la marea avanzaba hacia los escollos, internándose cada vez más en el inmenso lago de la caverna.

Sus brazos vigorosos dispersaban las falanges de las noctilucas y huían las espléndidas hidromedusas, levantando nubes irisadas de espuma. Parecía que nadaban sobre un mar de bronce fundido o de mercurio. Sus mismos cuerpos parecían desprenderse rayos de luz, impregnados de sustancias fosforescentes.

Se habían alejado ya unos quinientos o seiscientos metros cuando oyeron unos gritos de terror que partían de la playa.

Ambos se detuvieron.

—¡Doctor! —gritó Vicente.

La voz del señor Bandi se oyó entre las tinieblas.

—¡Tened cuidado a vuestra espalda!

—¡Por cien mil merluzas! ¿Qué habrá visto el doctor? —se dijo Vicente, mirando recelosamente a su alrededor—. ¡Eh, Miguel!

El otro pescador, que iba diez pasos detrás de él, contestó en seguida:

—¿Qué queréis, patrón?

—¿No has visto nada?

—No, patrón; y me pregunto qué clase de peligro puede amenazarnos.

—El doctor ha debido ver algo.

En aquel momento oyeron de nuevo la voz del doctor, que decía:

—¡Tened cuidado, que os persigue un tiburón!

—¡Caracoles! —gritó Vicente, palideciendo—. ¡Cuidado con las piernas, Miguel; ten preparado el cuchillo!

CAPITULO VII

EL ATAQUE DEL TIBURÓN

Los dos pescadores se detuvieron de repente, agitando sus piernas para poder mantenerse a flote, y sacaron en seguida de sus fajas los cuchillos, armas sólidas, de afilada punta, capaces de abrir el vientre al más terrible monstruo del mar.

Sus ojos sondeaban las aguas fosforescentes, tratando de descubrir el peligroso enemigo que silenciosamente les perseguía. Si el doctor lo había visto, no debía hallarse muy lejos de ellos; pero por mucho que miraban no le veían por ningún lado.

Las aguas estaban en calma, tanto que ningún oleaje se formaba en su superficie. Únicamente las falanges de las noctilucas avanzaban a bandadas, siempre mezcladas con las luminosas sombrillas de las medusas.

Los dos nadadores, presa de viva ansiedad que aumentaba de minuto en minuto, después de un breve espacio de tiempo reanudaron su avance hacia el lugar en que se encontraba la canoa, que ya sólo distaba unos quinientos pasos.

—Hagamos por llegar a ella lo más pronto que podamos —dijo Vicente a Miguel—. Una lucha en estas aguas no me agrada mucho, y especialmente contra un tiburón.

Sin embargo, a cada diez o doce brazadas se detenían mirando a sus espaldas y sumergiéndose entre las aguas por temor a ser sorprendidos. Su ansiedad iba en aumento; verdadera angustia comenzaba a sobrecogerles, por no saber el lugar por dónde había de venirles el peligro.

—Yo no puedo aguantar más esto —dijo de pronto Miguel—. Vamos a pararnos, patrón, y esperemos a que venga ese maldito pez. Prefiero tener con él un combate a seguir con esta ansiedad.

—Tienes razón, Miguel —dijo el lobo de mar—. Esperemos a que venga y empecemos decididamente la lucha contra él. Supongo que no será un gigante de su especie.

—¡Oh! ¿No habéis oído?

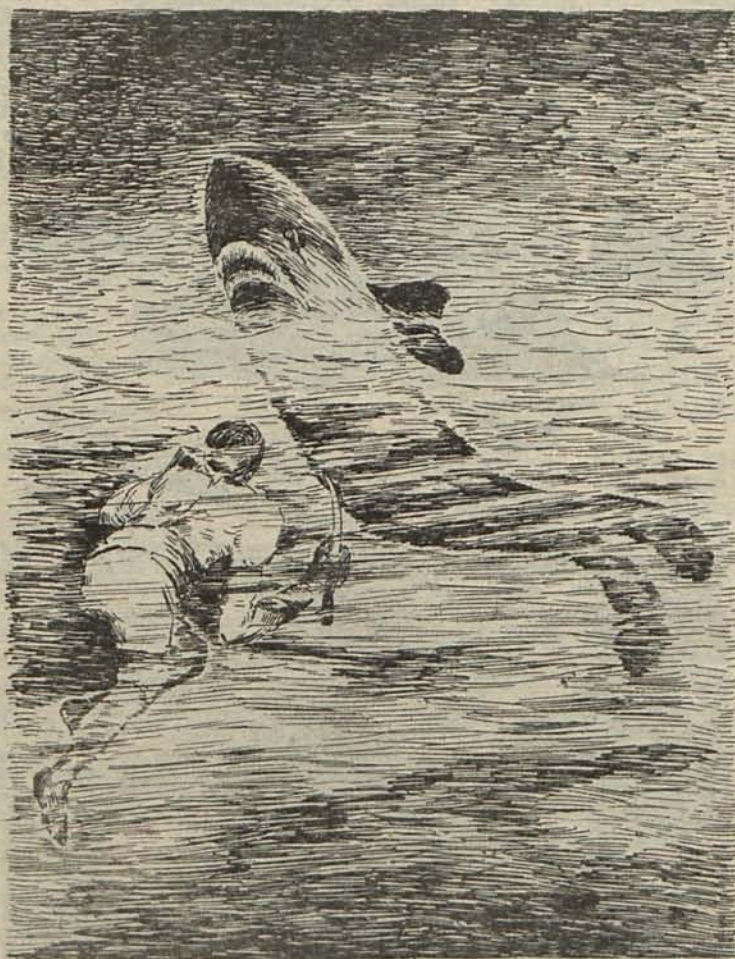
—Sí, una especie de bufido.

—El tiburón está jugueteando a pocos pasos de nosotros.

—Pero ¿cómo lo puede haber visto el doctor?

—Se habrá subido en aquella roca para vernos mejor —dijo Miguel—. Con esta claridad no hay que afinar mucho la vista para verlo. ¡Eh, otro bufido...! Patrón, dentro de poco le tendremos encima...

(Continuará en el número próximo.)





EL ZAPATERO DEL CAIRO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Y empezaron a arrastrarlo por el zoco. El pobre se vio obligado a vender las herramientas de su oficio; dióles medio dinar, y ellos le dejaron tranquilo. El infeliz, con la cara hundida en las manos, se quedó cabizbajo y triste, pensando que ni siquiera le quedaban instrumentos para trabajar.

En éstas se presentaron en la tienda dos hombres de mal aspecto, y, acercándose a él, le dijeron:

—Hombre, levántate, que el juez quiere hablarte, pues tu esposa se ha querellado contra ti.

—Ya nos hemos arreglado —contestó Maaruf sonriente.

—Nosotros venimos de parte de otro juez —le replicaron—, pues tu mujer ha puesto una demanda contra ti ante nuestro jefe.

Aterrado, se levantó y se fué con ellos, pidiendo a Dios ayuda para librarse de las malas artes de su mujer. Apenas la vio en la sala del juez, le dijo:

—¿Acaso no nos hemos arreglado, malvada?

—No hay arreglo posible entre los dos —dijo ella con respingo.

Maaruf se adelantó y contó al juez el caso, diciendo que el juez fulano los había reconciliado hacía un momento.

—¡Mala pécora! —exclamó entonces el juez—. Si te acabas de arreglar con tu marido, ¿por qué vienes con una nueva queja a mi tribunal?

—Es que él me ha pegado después... —balbuceó ella.

—Haced las paces —les dijo con severidad el juez—, y tú no vuelvas a pegarle ni ella vuelva a llevarte la contraria. Ahora, dale a los alguaciles sus honorarios.

El infortunado Maaruf se los dió y se dirigió otra vez a la tienda, abrió y se sentó, y se quedó atontado como si estuviera borracho, por la pena que le causaba lo sucedido. En esto se le acercó un hombre, diciéndole:

—Maaruf, levántate y escapa, pues tu mujer se ha querellado de ti en el Tribunal Supremo y la policía sigue tus pasos.

Se levantó apresuradamente, cerró la tienda y huyó por el lado de la puerta de la Victoria. Le había quedado por todo capital cinco monedas de medio dirhem, resto del precio de las hormas y herramientas. Empleó cuatro monedas en pan y la otra en queso, y salió huyendo de su malvada mujer. Era en lo más crudo del invierno, al atardecer; apenas había traspasado las murallas, empezó a llover a cántaros y sus vestidos se calaron. Entró en Adilia (1), y vió un lugar en ruinas en el cual había una choza abandonada; se metió en ella para guarecerse de la lluvia, pues iba empapado en agua. Las lágrimas surcaron sus mejillas, y, agobiado con lo que le había caído encima, pensaba:

—¿Adónde huiré de esta maldita mujer? Te suplico, Señor, que me envíes alguien que me traslade a un lugar lejano, donde ella no pueda saber el camino que yo lleve.

Mientras Maaruf estaba sentado llorando su desgracia, la pared se abrió de repente y apareció un individuo de alta estatura, de aspecto horripilante, que le preguntó:

—¿Qué te pasa, hombre, que has venido a molestarme esta noche? Yo vivo aquí desde más de cien años y no he visto a nadie entrar en este lugar y hacer lo que tú haces. Cuéntame tus deseos y yo los satisfaré, porque me compadezco de ti.

—¿Quién eres tú y qué puedes hacer? —le preguntó Maaruf.

—Yo soy el Genio que habita este lugar.

El zapatero entonces le contó lo que le había sucedido con su esposa.

—¿Quieres —le preguntó el Genio— que te lleve a un lugar del cual no tenga noticia tu mujer?

—Ese es mi deseo.

—Pues monta en mi espalda.

Y una vez que Maaruf lo hizo, el Genio, cargado con él, empezó a volar desde la noche hasta el amanecer y lo llevó a la cumbre de un monte elevado.

—¡Oh ser humano! —le dijo—. Desciende de esta montaña y verás las puertas de una ciudad. Entra en ella y no tengas cuidado: tu mujer ignorará el camino que has seguido y jamás podrá llegar a donde estés.

Y dichas estas palabras el Genio desapareció. Maaruf se quedó estupefacto, atónito, hasta que salió el sol y se dijo: «Me levantaré y bajaré del monte a la ciudad, pues el estar aquí no me reporta utilidad alguna». Descendió, pues, del monte y se encontró con una ciudad de altas murallas, de alcázares fortificados, de edificios muy suntuosos, de aspecto bellissimo. Atravesó sus puertas y vió que se le dilataba el entristecido corazón, y cuando pasó por el zoco, la gente comenzó a mirarlo, divirtiéndose con su vista, y se arremolinaban a su alrededor, admirándose de su vestimenta, pues su traje no se parecía en nada al que en aquella ciudad se usaba. Un hombre de aquellos que le miraban, le preguntó al fin:

—¿Eres forastero?

—Sí —respondió Maaruf.

—¿De qué pueblo?

—De la ciudad del Cairo, la afortunada.

—¿Hace mucho que saliste de ella?

—Ayer por la tarde.

Se echó a reír y exclamó a gritos:

—¡Oh gentel! ¡Venid a ver a este hombre y oid lo que dice!

—¿Qué cuenta? —preguntaron.

—Pretende hacernos creer que es del Cairo y que salió ayer tarde de allí.

Todos se rieron y le rodearon, diciéndole:

—Tú estás loco, hombre, si dices esas cosas. ¿Cómo quieres que pasemos por que tú has salido ayer por la tarde del Cairo y que has amanecido aquí, si la distancia que separa a nuestra ciudad de aquella tarda en recorrerse un año completo?

—No estoy yo loco, no, sino vosotros. Yo digo la verdad, y como prueba mirad este pan del Cairo; lo he traído conmigo y aún está tierno.

Y les mostró el pan, que les causó gran extrañeza y admiración, porque no se parecía nada al que ellos comían. Fueron aumentando los grupos de gente a su alrededor, diciéndose los unos a los otros: «Esto es pan del Cairo, divertíos mirándole». Maaruf adquirió gran notoriedad entre ellos, pues unos le daban la razón, otros lo trataban de embustero, otros se reían de él. En estas vieron venir a un comerciante, que se dirigía hacia ellos, montado en una mula y acompañado por dos esclavos. La gente le abrió paso y él les dijo:

—¡Oh gentel! ¿No os da vergüenza arremolinaros alrededor de este hombre extranjero, burlándoos y riendoos de él? ¿Qué relación tenéis con él?

Y no dejó de reprocharles su conducta hasta alejarlos de su lado, sin que ninguno se atreviera a darle respuesta. Y, encarándose con Maaruf, le dijo:

—Hermano, no temas nada malo de parte de esta gente, que tiene poca vergüenza.

Y lo cogió y se lo llevó con él a una casa amplia, ricamente decorada, y lo hizo sentar en un estrado digno de reyes. Llamó a sus criados, que le trajeron un cofre y le presentaron un vestido riquísimo, que entregó a Maaruf; y como éste era de buena presencia, parecía el jefe de los comerciantes. Después, el dueño de la casa pidió la comida; pusieron los criados los manteles con toda clase de platos suculentos, y ambos comensales comieron y bebieron. Luego de haber comido, se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Hermano, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Maaruf y mi oficio zapatero, que arregla los calzados de viejo.

—¿De qué pueblo eres?

(1) Mezquita cerca de la Puerta de la Victoria, en las afueras del Cairo.

—Del Cairo.
 —¿Y de qué barrio?
 —¿Acaso tú conoces el Cairo? —preguntó Maaruf.
 —Soy nacido allí.
 —Yo vivo en el Darb Alahmar (1).
 —¿A quién conoces de esa calle?
 —A fulano, a zutano y a mengano —y le dijo una porción de nombres.
 —¿Conoces, por ventura, al jeque Ahmed el droguero?
 —Es vecino mío, pared con pared.
 —¿Y está bueno?
 —Perfectamente.
 —¿Cuántos hijos tiene?
 —Tres: Mustafá, Mohammed y Ali.
 —¿Y qué tal suerte ha tenido con ellos?
 —Mustafá es bueno: hombre culto e ilustrado; Mohammed es droguero; su padre le ha puesto la tienda al lado de la suya, después de haberlo casado, y ahora tiene un niño llamado Hasan.

—¡Dios quiera darte la felicidad! —exclamó el comerciante—. Y Maaruf prosiguió diciendo:

—Por lo que toca a Ali, era muy amigo mío de pequeño y muchas veces jugábamos juntos. Teníamos la costumbre de vestiros de cristianos y entrar en las iglesias suyas; nos llevábamos sus libros, que vendíamos para comprar cosas de comer. Una vez sucedió que los cristianos nos vieron y nos cogieron con un libro en la mano; se quejaron a nuestras familias, y dijeron al padre de Ali que si no impedía las fechorías de su hijo se querellarían de él ante el Rey; el padre los calmó y dió al chico una paliza, y por esta razón huyó de su casa y no se sabe a dónde fue; hace ya veinte años que desapareció y nadie ha dado noticia de él.

—Yo soy ese desaparecido, Ali, hijo del jeque Ahmed el droguero —exclamó el comerciante—, y tú eres mi amigo de la infancia, Maaruf.

Y saludáronse muy afectuosamente, y después Ali dijo a su amigo:

—Ahora cuéntame, Maaruf, la causa de tu venida a esta tierra desde la ciudad del Cairo.

Y el zapatero le refirió la historia de su esposa Fátima, el Orta y las acciones que con él tenía; le contó cómo había huido, temeroso de ella, saliendo por la Puerta de la Victoria, y cómo, para preservarse de la lluvia, se había refugiado en unas ruinas de Adilia, y mientras lloraba su lamentable situación se le presentó el genio de aquel lugar, que, informado de su historia, lo montó a sus espaldas y lo llevó volando por el espacio a lo alto de un monte; cómo le enseñó la ciudad y él bajó y entró en ella, viéndose rodeado de la gente, que al oírle decir que había salido del Cairo la tarde anterior, no lo querían creer.

—En esto llegaste tú —prosiguió—, apartaste a la gente y me trajiste a tu casa. Tales fueron las causas de mi salida del Cairo. Y tú, ¿por qué causas viniste a parar aquí?

—Me dió la locura —respondió— cuando tenía siete años y empecé a viajar de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, hasta que llegué a ésta, llamada Ijtán de Aljután. Vi que aquí la gente era generosa y compasiva, noté que confiaban en el pobre y le abrían crédito, dando fe a todo lo que uno decía. Yo les conté que era un comerciante rico, que estaba esperando mis mercancías y que deseaba un lugar donde almacenarlas. Me creyeron y me señalaron un sitio para mí solo. Después les dije: «¿Habrá entre vosotros quien me preste mil dinares hasta que llegue mi cargamento? Yo le devolveré lo que me haya prestado; pero ahora necesito hacer ciertos gastos antes de que arriben mis mercancías.» Díéronme lo que les pedía y me encaminé al zoco, donde vi distintas mercancías. Compré, a los dos días vendí, ganando cincuenta dinares, y compré otra vez. Empecé a asociarme con la gente y a tratar a todo el mundo con generosidad; ellos me tomaron cariño, yo compraba y vendía, y llegué a aumentar mucho más mis riquezas. Has de saber, pues, hermano, que lleva razón el refrán que dice: «El mundo es vanidad y artificio.» En el pueblo donde nadie te conoce, puedes hacer lo que quieras. Ahora, si tú dices a todo el que te pregunte: «Mi oficio es el de zapatero remendón, he huido de mi esposa y ayer salí del Cairo», nadie te creerá y quedarás burlado y humillado durante todo el tiempo que permanezcas en esta ciudad. Si les dices: «Un genio me ha traído hasta aquí», se asustarán y nadie se acercará a ti, te señalarán como endemoniado y como de mal agüero para quien te trate, y esto redundará en perjuicio tuyo y mío, porque aquí saben que yo soy del Cairo.

—¿Qué he de hacer, pues? —preguntó Maaruf.
 —Yo te lo diré, si Dios quiere. ¡Mira! Te daré mil dinares y una mula para que montes en ella y un esclavo que

vaya delante de ti, hasta que llegues a la puerta del zoco de los comerciantes. Entra; yo estaré sentado con ellos, y cuando te vea me levantará apresuradamente, saldré a tu encuentro, te besaré las manos y te trataré con los mayores respetos; te preguntaré si traes telas de esta clase y de la otra; tú siempre contéstame que vienen en abundancia; si me preguntan por ti, yo te alabaré y te engrandeceré a sus ojos, les diré que te preparen un almacén y una tienda, te ponderaré como inmensamente rico y poderoso; si un pobre se acerca a pedirte una limosna, tú le das lo que puedas; ellos entonces confiarán en mis referencias, y crearán tu grandeza y tu honorabilidad, y te apreciarán. Luego ellos te invitarán y tú invitarás a tu vez a los comerciantes, y llegarás a conocerlos y ellos a ti, en fuerza de comprar y vender, de dar y tomar con ellos. Y no pasará mucho tiempo sin que te hagas rico.

A la mañana siguiente cumplió Ali su promesa, dió a Maaruf mil dinares, entrególe un vestido magnífico, puso a su disposición una mula y un esclavo, y le dijo:

—¡Dios te proteja en todo! Eres mi amigo y es preciso que yo te honre. No te preocupes por nada y aleja de tu mente hasta el recuerdo de tu esposa; no se la menciones siquiera a nadie.

—¡Que Dios te recompense por el bien que me haces! —exclamó Maaruf. Y, montando en la mula, marchó, precedido por el esclavo, hasta llegar a la puerta del mercado de los comerciantes. Estaban todos sentados, Ali entre ellos; y cuando vio venir a Maaruf, se levantó y se dirigió a su encuentro, exclamando:

—¡Dichoso día, comerciante Maaruf, señor de las buenas acciones y de la generosidad!, a la vez que le besaba las manos en presencia de todos. ¡Hermanos, el comerciante Maaruf se honrará con vuestra amistad!

Todos se apresuraron a saludarle y Ali les hacía señas indicándoles su importancia y engrandeciéndole a los ojos de ellos. Luego le ayudó a apearse de su cabalgadura; los presentes le dieron la bienvenida, y Ali fué presentándole uno por uno a todos los comerciantes, haciéndoles el elogio de Maaruf.

—¿Es comerciante? —le preguntaron.

—Ciertamente —contestó Ali—, y sin duda alguna el más grande de los comerciantes y el más rico de todos; sus riquezas, las de sus padres y las de sus abuelos son famosas entre los comerciantes del Cairo. Tiene socios en la India, en la Persia, en el Yémen; su fama de generoso viene de antiguo. Conoce su dignidad, ensalza su condición y servidío, y sabes que no ha venido a esta ciudad por razones de comercio, sino por mera distracción para conocer tierras, ya que no tiene necesidad de viajar para conseguir ganancias y beneficios, pues sus riquezas son tantas que no podría consumirlas el fuego. Yo mismo me honro en ser uno de sus servidores.

Y no cesó de alabarlo en esta forma; tanto que los comerciantes lo pusieron por las nubes y unos a otros se contaban las cualidades del recién llegado, se reunieron todos con él y le ofrecieron de comer y de beber. El jefe del mercado vino al fin en persona a ofrecerle sus respetos. El comerciante Ali (que había tenido buen cuidado de enseñarle antes muchas telas ricas y le había dicho los precios de las más caras), en presencia de los demás, le empezó a preguntar:

—Señor, ¿traes, por acaso, alguna pieza de la tela tal?

—Muchas traigo —le contestó.

—¿Traes, señor, tejido amarillo? —le preguntó otro comerciante.

—En gran abundancia —respondió Maaruf.

—¿Y rojo, de color de sangre de gacela? —dijo otro.

—También, también traigo mucho.

Y a todo el que le preguntaba por alguna mercadería le contestaba que la traía en gran cantidad. Uno de ellos preguntó a Ali:

—¡Oh comerciante Ali! ¿Podría tu compatriota, si quisiera, cargar mil cargas de telas ricas?

—¿Cómo mil cargas? —respondió Ali—. De uno solo de sus almacenes, y no se notaría siquiera lo que habían sacado.

Mientras estaban en esta conversación, acertó a pasar un mendigo que pedía limosna por entre el grupo de los comerciantes. Uno le daba un medio dirhem, otro le daba una moneda de cobre, la mayor parte de ellos no le dieron nada, y cuando pidió a Maaruf, éste cogió un puñado de monedas de oro y se las dió. El pobre hizo votos a Dios por su generoso donante y se marchó; los comerciantes se admiraron de la esplendidez del forastero y decían:

—Es una limosna propia de reyes, pues le ha dado oro sin tomarse la molestia de contarlo; si no fuera persona de grandísimas riquezas y de espléndida posición, no hubiera podido dar al mendigo el oro a puñados.

(1) Calle al lado de la puerta de Zuveila.

EL HADA DEL CAMPO VERDE

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Cuentan que había un pescador que vivía a orillas del mar con su esposa.

Un día que no tenían que almorzar se fué a echar la red. Cuando la recogió venía solo un hermoso pez. El pescador lo cogió, y, al ir a matarle, oyó que aquel animal profería palabras como estas:

—Oye —pescador—, cuando me abras el vientre, encontrarás en mis entrañas tres anillos exactamente iguales con piedras cristalinhas. Mis huesos que los planten en el patio de la casa y nacerán tres cañas gruesas. Mis entrañas se las darás a comer a tu perra y a tu yegua. A su tiempo, una tendrá tres perros iguales, y la yegua tendrá tres potros tan iguales que no se distinguirán el uno del otro. Di a tu mujer que coma de mi carne y tendrá tres hijos exactamente iguales. Cuando tus hijos sean de veinte años, darás a cada uno un potro, un perro, un anillo y una lanza hecha de una de las cañas y les mandarás a recorrer el mundo. Encontrarán a su paso un camino que se divide en tres; en la juntura de los tres caminos hay una higuera que destila leche constantemente. Cuando alguno de tus hijos esté en peligro, la piedra de sus anillos se pondrá turbia, y si el peligro es mortal, negra. Deberán acudir a la higuera, y si ésta destila sangre, alguno de ellos habrá muerto.

—Yo no quiero matarte —le dijo el pescador.

—Es necesario que así sea: tus hijos tienen que cumplir un deber, y sólo muriendo yo, se cumplirá. ¡Mátame pronto!

Obedeció el pescador y llevó a su mujer el pez muerto. Abierto el vientre, encontraron en el estómago los tres anillos y distribuyeron las partes del pez, según le había dicho éste antes de morir.

Pronto nacieron las tres cañas; después los tres perritos; más adelante, los tres potros; y después, la pescadora dió a luz tres niños muy hermosos.

Las cañas, cuando el viento las movía, susurraban:

Hay que vencer a la vieja hada Bailarina, que es «el azote del país». ¡Hay que ir, hay que ir!

Pasó el tiempo; los mozos crecieron y eran tan apuestos y galanes, que todo el mundo quedaba con la boca abierta contemplando tanta gallardía; hasta el sol y la luna se detenían a verles, cuando montados en sus caballos, y seguidos de sus perros, recorrían los campos.

Lo curioso del caso es que nacieron y crecieron los hermanos exactamente iguales; tanto, que se confundían entre sí ellos mismos. Igual cosa sucedía a los perros y caballos.

Cuando nacieron, llamaron al primero Primeroso; al segundo, Segundil, y al tercero, Tercerial.

Su padre les regaló un potro a cada uno; un potro, negro como el azabache, con un lucero blanco en la frente, y un perro, negro con pintas blancas: así eran los tres. Los jóvenes oían la conversación de las cañas y entróles ganas de ir en busca de la vieja «azote del país». Puestos de acuerdo los tres, fuéronse a buscar a sus padres.

Primeroso tomó la palabra:

—Padres míos: mis hermanos y yo deseamos viajar y conocer el Mundo. Dadnos vuestra bendición, y partiremos cuanto antes.

—Hijos míos —dijo el padre—, id y cortad las tres cañas que crecen junto al riachuelo, y traédmelas.

Cuando las tuvo en su mano se convirtieron en tres brillantes lanzas, que fulgían como rayos de luna.

Y dijo a su esposa:

—Trae los anillos, que ya ha llegado el día señalado para la partida. Tomad estos tres anillos de diamantes —dijo—. Ya tenéis veinte años y debéis partir a recorrer el mundo; así está dispuesto. Tomad cada uno vuestro caballo, vuestro perro, vuestra lanza y vuestro anillo. Os advierto que cuando alguno de vosotros esté en peligro, la piedra se oscurecerá, y si el peligro es de muerte, se pondrá negra. Para tener seguridad de que ha muerto alguno, iréis a observar la higuera que está en la encrucijada de los tres senderos y que, como sabéis, destila leche; si la encontráis manando sangre, alguno está a punto de morir; corred, volad a socorrerle y a salvarle. Tiene tres ramas, cada una señala un sendero.

Dichas estas palabras, y recibida la bendición de los ancianos pescadores, partieron los mozos sobre sus caballos y seguidos de sus perros.

Sus lanzas y anillos brillaban como rayos de sol.

Anda y anda, corre y corre, pronto llegaron a la famosa higuera. Con gran asombro vieron que los senderos que partían de su tronco estaban numerados; el de la izquierda, tenía el número uno; el de la derecha, el dos, y el del centro, el tres.

—Hermanos —dijo Tercerial—, creo que debemos tomar nuestros números.

—Sí —dijo Segundil—, así debe ser. Vamos.

—Despidámonos —agregó Primeroso—, y no olvidemos las recomendaciones de nuestro anciano padre.

Se abrazaron y cada uno, seguido de su perro, entró por el camino que correspondía a su nombre por orden.

Veamos qué ocurrió a Tercerial.

Anduvo, anduvo, noches y días; por fin llegó a una gran ciudad que resplandecía con los colores del Arco Iris. Se celebraban ejercicios de agilidad, con el objeto de obtener la mano de la princesa Nacarina. Cuando Tercerial se presentó, creyeron que venía a optar por la mano de la princesa y a sufrir las pruebas. Las pruebas se reducían a saltar varios fosos, y el que las llevara a cabo sin caer y con agilidad, ese sería el marido de la princesa. Esta, que vió al galán mancebo, quedó enamorada de él hasta la pared de enfrente. Y deseaba que solicitase hacer las pruebas.

Tercerial montó su caballo, y ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!, saltó los tres fosos y más que hubiese por allí. Pronto regresó por el mismo camino, y cayó de rodillas a los pies de Nacarina. En seguida se celebraron las bodas, y ¡qué fiestas hicieron! La ciudad del Arco Iris relumbraba.

La princesa enseñó a su marido todo el palacio, desde el sótano hasta las torres; abrió todas las ventanas, menos una.

—¿Por qué no abres esa ventana, esposa mía? —le dijo Tercerial.

—No. Esa ventana da al Campo Verde; allí hay un hada Bailarina, feroz y cruel. El que entra a su palacio no vuelve a salir ni se sabe más de él —dijo Nacarina.

—Abre, yo quiero ver ese campo —le dijo y a la vez abrió la ventana.

El más bello panorama se divisaba. Un campo, verde, llano y florido, terminado por una colina risueña, cubierta por nubecillas blancas. En el centro del llano, se levantaba un castillo de rubí, con toques de topacio resplandecientes. Se oía una música armoniosa y cantos dulcísimos.

—Yo quiero ir a ver ese castillo —dijo el mozo.

—¡Ay! ¡No vayas, porque morirás! ¡No vayas! —gimió la recién casada.

El mancebo no durmió, y, apenas apuntó el alba, montó sobre su caballo. Lanza en ristre y seguido de su perro, partió a pesar de las súplicas de su esposa. El había oído a las cañas hablar del «azote del país, del hada Bailarina, y deseaba vencerla.

Anduvo noches y días y por fin llegó al Campo Verde; al llegar a la puerta del castillo de rubí, quedó admirado al ver cómo irradiaba luz. La puerta estaba abierta y en medio de una lujosísima sala bailaba una viejecita de aspecto bondadoso; al ver al joven le saludó sonriendo y le hizo entrar. Después de conversar con él le invitó a bailar con ella. Tercerial notó que la vieja tenía tres pies y pensó que sería muy fuerte. Tanto instó al joven a bailar que éste se sintió con deseos de complacerla y más oyendo los acordes de una música melodiosa.

—Decidme, señora, ¿sois acaso el hada Bailarina? —le preguntó.

—Ese es mi nombre. Nadie baila como yo. Soy la reina del baile: ven y te convencerás. Toma este cabello y ata el perro.

Dió una palmada y apareció un horrible negro.

—Mira, lleva el caballo de este joven a la cuadra.

El negro obedeció.

—Vamos, joven, amarra el perro y pon tu lanza en aquel armero. Tercerial obedeció. Tomó a la vieja en sus brazos y comenzó a bailar. La vieja le apretaba cada vez más y sentía que le echaba al suelo; entonces él pretendió derribar a la Bailarina; pero a ésta, firme en sus tres pies, era imposible echarla al suelo. Tercerial se creyó perdido.

Ya no tenía fuerza y gritó:

—¡Perro, ayúdame!

El perro corrió.





Pero el hada gritó:

—¡Cabello de mi cabeza, vuélvete cadena!

Inmediatamente quedó el perro amarrado con una gruesa cadena. Viendo al perro amarrado, la vieja estranguló al joven, y después, dando una patada, se abrió el piso y por allí le dejó caer. Llamó en seguida al negro y le entregó el perro y la lanza.

Todo volvió a su estado normal y la malhechora siguió bailando como si tal cosa.

En la corte del Arco Iris se esperó por largo tiempo al mozo, y viendo que no llegaba todo el mundo vistió luto.

¿Qué había sido de Primeroso y Segundil?

Llegó Segundil a una ciudad, donde, como en la del Arco Iris, se celebraban festejos para obtener la mano de Aurora, la princesa del reino de la Aurora Boreal, que era aquél.

Se trataba de vencer a un enorme tigre bengalés. Allí el más fuerte era el Rey.

Segundil se presentó a la prueba. Entró en el redondel montado en su soberbio potro y seguido del perro. Pronto, con la ayuda del perro, venció al feroz animal, que quedó atravesado por la lanza. Todo el mundo aclamó al joven y le fué adjudicada la mano de la bellísima Aurora, que resplandecía con las luces del alba.

Grandes festejos se hicieron.

Al día siguiente de la boda, Segundil recorría el palacio en compañía de su esposa, y notando una ventana cerrada, preguntó por qué permanecía así.

—Por esa ventana se ve el Campo Verde —dijo la joven.

Y abriendo la ventana se presentó a la vista de Segundil el famoso Campo Verde, y en el centro del llano un palacio de esmeralda con adornos de diamantes.

—¡Qué palacio tan rico y hermoso! —dijo el mozo.

—En él vive un hada maligna, llamada Bailarina —contestó Aurora.

—Ya he oído ese nombre —pensó Segundil.

En aquel instante sintió que el anillo le oprimía el dedo. Le miró: el diamante estaba turbio.

—Esposa mía, tengo un hermano en peligro. Mañana parto a auxiliarle.

—¿Cómo así? —preguntó.

—¡Mira esta piedra cómo se oscurece! ¡Mírala cómo se pone negra! ¡Mi hermano está en peligro de muerte! ¡Adiós!

Montó sobre su caballo y, seguido del perro y llevando su lanza, corrió velozmente hacia la higuera. Cuando llegó a ella, la rama que señalaba el sendero del medio vertía torrentes de sangre.

—¡Es Tercerial el que está en peligro!

Y corrió por aquel sendero.

Llegado al Campo Verde, el hada Bailarina le invitó a bailar y a atar el perro con un cabello. Todo sucedió como a Tercerial; fué derribado, estrangulado y arrojado por la trampa debajo del piso. Pasó el tiempo. Ya tenemos a las dos princesas, Nacarina y Aurora, llorando amargamente y vistiendo tocas de viuda.

¿Qué había ocurrido a Primeroso? Vamos a ver.

Recorrió el primer sendero y llegó a una hermosa ciudad, blanca y refulgente, llamada ciudad del Alabastro.

Se ejecutaban juegos de sport, para obtener la mano de la princesa Alabastrina. Estos consistían en vencer a un contrario a caballo, arremetiendo uno contra el otro con lanza. Aquí el más diestro sería el Rey.

Primeroso fué presentado a los Reyes, y la blanca y bellísima princesa dió su consentimiento para la lid.

Primeroso, arrogante y fiero, empuñó la lanza, y a una docena de jinetes seguidos los derribó al suelo. Todo el mundo le aclamó y se hicieron las bodas. En aquella tarde, recorriendo el palacio, notó una ventana cerrada, y deseoso de abrirla, le dijo su esposa:

—Abrir esa ventana, trae desgracia; por ella se ve la morada de la vieja Bailarina, el «azote del país», y el que va a su castillo, no vuelve.

—Con ver el palacio, no me hará daño —dijo Primeroso abriendo la ventana.

Si Tercerial y Segundil quedaron maravillados con el paisaje, su hermano Primeroso, quedó pasmado. Aquel Campo Verde era de esmeraldas y piedras preciosas; un río de plata le cruzaba, y rayos de oro caían de lo alto como una lluvia. El cielo era de turquesas y las nubes de ópalo. En medio de todo aquello se levantaba el Castillo de Amatista orlado de perlas, gruesas como huevos de pavo, y toques de oro puro.

—Yo voy allí gritó Primeroso.

—¡Oh! ¡Esposo mío! ¡No vayas! —gimió Alabastrina.

—¡Ah, sí! Tengo que ir... El «azote del país...»! El hada del Campo Verde... Las cañas lo decían...

Maquinalmente miró el anillo.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Mis hermanos están a punto de morir; voy a auxiliarles! ¡Adiós!

Montó en su potro, tomó la lanza y su perro, y salió a escape.

—Se ha vuelto loco mi esposo —lloró la princesa, contando a sus padres lo ocurrido.

Pasó el tiempo, y Primeroso no volvía. Alabastrina lloró y vistió luto de viuda.

Primeroso llegó a la higuera; la rama que señalaba el primer sendero estaba seca. En cambio las que señalaban el tercero y segundo, parecían una fuente de sangre. El anillo, negro como el azabache, y aquellos manantiales de sangre, no le dejaron ya duda de la desgracia de sus hermanos.

Mientras caminaba, se decía:

Mis hermanos están allí; la malvada vieja les ha dado muerte, les ha vencido, pero yo la venceré.

Llegó al palacio de Rubí; la vieja le invitó a bailar y él aceptó. Mucho le extrañó ver a aquella vieja con tres pies, pero se dijo:

—Dios me ayudará.

—Toma mi cabello para que ates el perrito —dijo.

Y llamando al negro, le mandó que recogiera el potro y la lanza.

—La lanza no la separo de mí —le dijo—; el caballo podéis llevarle a la cuadra.

—Amarra el perrito; quizá me muerda viéndonos bailar —dijo el hada.

Primeroso, hizo como si atara el perro; pero dejó por allí, en el suelo, el cabello.

Empezaron a bailar. Ya Primeroso iba a sucumbir, y gritó a su perro:

—¡Perro, ayúdame!

—¡Cabello de mi cabeza, vuélvete cadena! —gritó la vieja.

Y se convirtió en cadena en el suelo.

El perro saltó al cuello de la vieja, y la hizo caer al suelo.

—¡Me has vencido! —gritó—. ¡Sujeta al perro!

—No, no; mientras no me devuelvas a mis hermanos —dijo Primeroso, poniendo la lanza en el pecho de la vieja.

Las piernas se le quebraron, y el perro no la soltaba.

—Mira, en el sótano están tus hermanos; y en un armario viejo, que allí hay, está una caja de pomada. Unta la garganta del que quieras que reviva.

Entre el joven y el perro llevaron a la vieja al sótano, y allí había muchos jóvenes estrangulados. Primeroso untó a sus hermanos y a todos con la milagrosa pomada, y todos revivieron.

De pronto se presentó el negro, y le dijo:

—Vieja cobarde, que te dejaste vencer. Toma, toma.

Y la degolló con una gran espada, y luego se la clavó íntegra en el vientre, muriendo él también.

Todos huyeron de allí; recogieron sus caballos y partieron. Al llegar a la higuera, ésta estaba seca, y los anillos de los hermanos brillaban como un sol.

Grande fué la sorpresa de Nacarina al ver tres jóvenes iguales, y no sabía cuál era su marido. Le refirieron el caso, y resultó que el Rey del Alabastro, el del reino de la Aurora Boreal y el del Arco Iris eran hermanos, y que la Bailarina les había usurpado aquellos tres lindos y ricos palacios de pedrería.

El Rey mandó mensajeros a los otros reinos y pronto se reunieron las tres familias, y era de ver la confusión de las tres princesas sin saber cuáles eran sus maridos.

Celebraron grandes festejos y trajeron a los viejos pescadores, que no volvían de su asombro.

Los palacios de Rubí, de Esmeralda y de Turquesa, fueron los palacios de las tres princesas y sus maridos, que vivieron muy felices y tuvieron gran descendencia.

A los pescadores les hicieron un hermoso palacio de conchas, nácar y perlas, y los viejos Reyes quedaron en sus antiguos palacios. Todos fueron felices y vivieron muchos, muchos años.

FIN



COLORÍN Y SU PANDILLA

LO SIENTO, PERO NO
TE PUEDO ACOMPAÑAR.
SE ME HA IDO LA NI-
NERA Y TENGO QUE
CUIDAR DE ARTURITO.

¡VENTE UN RATO! VOL-
VEMOS ENSEGUIDA.
MIENTRAS TANTO, CO-
LORÍN PUEDE CUIDAR
DEL NIÑO.

¡YOOO



¡MIRE USTED QUE CONVERTIR-
ME A MÍ EN AMA SECA! ¡HA-
CE FALTA FRESCURA! ¡ME
HAN ESTROPEADO LA DI-
VERSIÓN!



CARNICERIA AVES

SE NECESITA
UN CHICO
PARA
RECADOS

¡HOMBRE! ¡AQUÍ ME PO-
DÍA YO GANAR UNAS PE-
RRAS PARA CAMELOS,
SI NO FUERA POR ESTE EN-
GORRO DE CRIO! ¡VOY A EN-
TRAR A VER...



SI, NECESITO UN CHICO; PE-
RO TIENE QUE TENER UN
CARRITO PARA LLEVAR LOS
ENCARGOS.

¡NO FALTABA MÁS!
¡VERÁ USTED QUE
CARRITO DE POSTÍN
VOY A TRAER!

¡IDEA!



OYE, CHUCHITA, ¿QUIE-
RES TEMER ESTE NI-
ÑO EN TU COCHE UN
RATO? TE DARÉ DIEZ
CÉNTIMOS.

BUENO.



¡SOY UN HACHA!
¡VAYA UN CARRI-
TO QUE ME HE PRO-
PORCIONADO!



YA ME HE GANADO
DOS REALES REPAR-
TIENDO ESOS PAQUE-
TES. VOY POR MÁS.

Y MIENTRAS
TANTO...



¿DÓNDE SE HA-
BRA METIDO CO-
LORÍN CON ARTU-
RITO? ¿LES HA-
BRA PASADO AL-
GO?

¡CA, MUJER! NO
TE ASUSTES. SE-
GURAMENTE ES-
TARÁN POR AHÍ,
PASEANDO.



¡¡¡ MI
HIJO!!!



¡ESTO ES UNA BRO-
MA DEMASIADO PE-
SADA! ¿DÓNDE ES-
TÁ EL COCHECITO?

¡HIJA, NO LO
COMPRENDO!
¡VOY A VER SI
ENCUENTRO A
COLORÍN!



¡TRAER A CÁ EL
COCHE! ¡YA
VERÁS EN
CUANTO TE
COJA!



BRANHER

Rev. 1. & Par. Off. Copyright, 1922, by The Chicago Tribune



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA PARA HOY

LOS JINETES DEL PÁRAMO

¡sensacional!

GRAN CINE



Perdidos.

Nuestros amigos Paddy O'Darrell y su ayudante Bob Smithers caminaban a paso largo seguidos del sabueso Trailer por la región de Oakdene, y a pesar de ser éste uno de los lugares más deliciosos de aquellos contornos, no parecían los caminantes estar dispuestos a contemplar mucho el panorama. No es lo más corriente admirar el paisaje cuando se encuentra uno sin saber por dónde va.

Esto era lo que les sucedía al detective y a su ayudante, los cuales, habiendo terminado la noche antes uno de sus asuntos en un pueblecito del páramo, habían decidido levantarse temprano y hacer un poco de ejercicio yendo a campo traviesa buen rato.

Encontrábanse ahora perdidos por haber seguido el consejo de un granjero, que les había asegurado, que dejando la carretera en un determinado sitio, y tomando cierto sendero tendrían mucho mejor camino y llegarían antes a Berford.

Siguieron, pues, las instrucciones del granjero; pero se encontraron con que aquel sendero, por lo poco transitado que estaba, se perdía al poco rato entre la maleza; esto, unido a una espesa niebla que se levantó del pantano, puso las cosas aún peor, pues llegó un momento en que ya no veían a cien metros de distancia.

—¡Menos aquí a dos detectives que no somos capaces de encontrar una pista para ir al sitio que nos proponíamos! —exclamó Bob disgustado.

—Sólo con que encontráramos señales de alguna pisada humana, sería bastante para guiarnos —contestó Paddy inclinándose para acariciar la cabeza del perro, y añadió:

—¡Ay, Trailer, amigo mío! ¡Si tú supieras siquiera buscarnos un camino!

—Lo mejor que haremos, jefe, es seguir muy despacio, y más tarde o más temprano encontraremos a alguien. Me alegraría que fuera el granjero, para darle las gracias por el consejo.

—¡El pobre hombre lo ha hecho por nuestro bien! —dijo Paddy. Pero calla; tu esperanza de encontrarnos más tarde o más temprano con alguien, me parece que se hace realidad. ¡Escucha un momento!

Permanecieron los dos muy quietos, y Bob agudizó el oído. Delante de ellos parecía sentirse ruido de pisadas.

—¡Viene un caballo en esta dirección! —exclamó Bob—; pero bien pudiera ser que sea un potro de los que andan pastando por el páramo.

—No lo creo, porque las pisadas son demasiado fuertes; ese caballo lleva alguien encima —repuso Paddy.

Como para corroborar estas palabras, apareció entre la niebla un hombre montado a caballo, corriendo a gran velocidad. El jinete llevaba uniforme azul y gorra de visera de la guardia montada.

Pero el policía no llevaba la ruta por donde estaban nuestros amigos, porque se perdió entre la niebla antes de que pudieran alcanzarlo. Dándose cuenta de ello, Paddy agitó el sombrero en lo alto, gritándole con toda su fuerza.

El policía se volvió a mirarlos de un modo que no tenía nada de amistoso; sin embargo, hizo volverse al caballo y fué trotando hasta ellos.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —preguntó bruscamente.

—Siento molestarle, pero nos hemos perdido y queremos que usted nos dijera si vamos bien por aquí para Berford.

—¡Siguen ustedes derecho por ahí! —dijo señalando a la derecha—. Pronto llegarán ustedes a un camino de carro; vayan por él, y siguiéndolo todo el tiempo llegarán ustedes a Berford.

—Muchas gracias; ha sido una gran suerte encontrarle. ¿Tiene usted que hacer la ronda por este erial?

El policía no oyó la pregunta o no quiso oír. Sacudió las riendas del caballo, y se inclinó hacia adelante perdiéndose de vista en seguida con un trote largo del jaco.

—No es muy expresivo, que digamos, el policía —comentó Bob.

Oyeron un grito ahogado, y esto en aquel sitio solitario, con un molino arruinado detrás de ellos, era muy sospechoso.

Los dos hombres se miraron, y Trailer púscase alerta, mirando para el molino interrogativamente.

—¿Qué dice usted a eso, jefe?

—Que puede achacarse a varias cosas. Si fuera de noche, yo diría que era el graznido de un buho; pero como es de día, bien puede ser alguna tabla vieja que cruja.

El grito volvió a repetirse; esta vez más agudo y con tono implorante.

—¡Pues si no es un ser humano el que grita, que me corten la cabeza! —exclamó Bob.

—Digo lo mismo —respondió Paddy—; y a nosotros corresponde descubrir qué es eso, a riesgo de que nos digan que no metamos las narices en lo que no nos importa.

Encamináronse hacia el molino viejo, los ojos fijos, con curiosidad, en sus paredes derrumbadas; dieron la vuelta alrededor de él para buscar un sitio por donde entrar, y por el otro lado encontraron una entrada que todavía tenía la puerta en su sitio. Era difícil abrirla, porque le faltaba el gozne inferior y la esquina de la puerta descansaba sobre el terreno.

Paddy y Bob empujaron con el hombro hasta hacerla ceder; entraron en una estancia de piedra completamente vacía. El sabueso, que andaba de un lado para otro, al llegar a la otra puerta de la habitación olfateó sospechosamente y dió un aullido.

—¡Trailer ha descubierto algo! Es un maestro en esto de hacer descubrimientos.

La puerta estaba cerrada con una fuerte barra de madera, sujeta a ambos lados por unas grapas de hierro.

Esto en sí era muy extraño, y Paddy levantó la barra sin hacer comentarios. Una vez la puerta abierta, se encontraron en otra habitación pequeña, al extremo de la cual vieron a un hombre atado de pies y manos y amordazado. Estaba en mangas de camisa, pantalones azules de montar, polainas y botas negras. El pobre hombre luchaba por desasirse de las cuerdas.

Paddy y Bob le soltaron en seguida con ayuda de sus navajas; pero con gran sentimiento vieron que estaba muy entumecido y dolorido; no cabía duda de que había sido maltratado.

Era el joven en cuestión bien parecido y se notaba un sello de distinción en todo su aspecto.

Paddy le incorporó poniéndole la cabeza encima de su rodilla, al mismo tiempo que Bob le acercaba a los labios el contenido de un frasco. El líquido hizo el efecto deseado y el prisionero empezó a hablar.

—Ayúdeme a buscar el caballo —balbuceó débilmente.

—Usted no está ahora en condiciones de ponerse a hacer un ejercicio como ese —le dijo Paddy—. Díganos usted lo que le ha sucedido, que nosotros somos detectives y haremos todo lo posible por salvar a usted.

—¿Son ustedes detectives? Entonces, a ver si pueden detener al ladrón que me ha encerrado aquí. Yo soy un número de la montada Policía, aunque realmente, por el estado en que me hallo, no lo parezca.

—Pues no hace todavía un cuarto de hora que hemos encontrado nosotros un policía montado, corriendo por el erial; quizá fuera un compañero de usted.

—¿Cómo era ese individuo? —preguntó el prisionero ansiosamente—. ¿Era ancho de espaldas y con bigote negro?

—¡El mismo! —dijo Bob.

—¡Pues ése fué quien me atacó! No es de la policía ni cosa que se le parezca. Me atacó para ponerse la guerrera y la gorra del uniforme.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Verán ustedes: la ronda que yo tengo que hacer llega hasta ese edificio; yo venía tranquilamente por el camino; de pronto, de de-



trás del molino salió un individuo trotando en un caballo; me hizo unas cuantas preguntas sobre quién había vivido aquí. Y cuando me disponía a contestarle me dió tan tremendo golpe en la cabeza con un palo, que me tiró de la silla.

—¿Y después?

—Después de eso no recuerdo más sino que me encontré atado aquí. Le vi ponerse la guerrera y la gorra, y al marchar me saludó con la mano diciendo: «Le daré recuerdos de parte de usted a Mr. Lindon.»

—¿Mr. Lindon? ¿Quién es ese señor?

—Sospecho que el pilla ese quiere robar a Mr. Lindon, un señor que vive solo en una casa situada al otro extremo del páramo, entre un bosquecillo.

—¿Y para qué necesitaba atacarle a usted?

—Sencillamente, porque Mr. Lindon esperaba hoy a un policía. Es un hombre muy rico, y, a juzgar por el recado que envió hoy a la Jefatura de Policía, tenía temores de que le iban a robar, y ha pedido uno de la Policía montada. Y como él vive solo, pueden ustedes figurarse que cualquier bribón que se le haya presentado vestido de policía puede tener al vivo a merced suya.

—¡Caramba! —exclamó Paddy—. ¡Y es muy fácil que logre sus propósitos, a menos que hagamos en seguida algo para evitarlo. ¿Dónde tiene usted su caballo?

—Supongo que estará por ahí fuera pastando. Es un animal muy dócil, y no creo que se haya marchado sin mí.

Pues voy a buscarlo y a salir corriendo montado en él, a ver si logro impedir que ese bandido lleve a cabo su plan —respondió Paddy.

Le quedará muy agradecido si es usted tan amable. Quisiera haberlo hecho yo mismo; pero como no puedo, acepto muy gustoso su ofrecimiento.

El policía dióle instrucciones detalladas respecto a la situación de la casa, y Paddy salió corriendo del molino a buscar el caballo, que pastaba tranquilamente a menos de cincuenta metros de allí, como su dueño lo había supuesto.

La casa del bosque.

El detective llevaba instrucciones tan concretas del camino que tenía que seguir, que ni un momento vaciló durante la jornada.

El camino era cuesta arriba, y al llegar a la cumbre de la loma vió desde allí todo el erial extendiéndose ante su vista.

Iba todo el tiempo escrutando el espacio que alcanzaban sus ojos, hasta que vió delante de él el bosque en donde se alzaba la casa de Mr. Lindon. Entre los árboles, Paddy pudo distinguir una mancha negra que se movía. El detective, que llevaba siempre consigo unos gemelos muy potentes, miró por ellos y pudo apreciar que la mancha que se movía era un jinete.

No había duda: era el suplantador del policía, que de esta guisa pensaba captar la confianza de Mr. Lindon para robarle.

Paddy, que era un jinete excelente, llevaba el caballo a galope tendido; cosa muy peligrosa en un páramo aun en pleno día, porque bajo el brezo se ocultaban muchos hoyos y desigualdades del terreno, bastantes para hacer caer al caballo más seguro de remos. Existía también el peligro de las guaridas de zorros y conejos, que en más de una ocasión habían ocasionado la caída de los caballos. Pero Paddy, sin pararse a pensar en estas cosas, se inclinaba sobre la cabeza del caballo, y el valiente animal, como si se hiciera cargo de la situación, corría cada vez más. Pasaron varios arroyuelos, que el corcel saltaba; y los que eran demasiado grandes para saltarlos, los vadeaba, metiéndose por ellos y salpicando el agua en todas direcciones.

Debido a la desigualdad del terreno, Paddy perdía de vista a su perseguido; pero cada vez que el terreno se elevaba un poco, estrechándose de alegría al ver que iba alcanzándole, y que tenía la esperanza de darle alcance antes de que él llegara a la casa del bosque. Con esta idea iba, cuando de pronto el caballo metió una de las patas en un hoyo y cayó; el detective salió lanzado a dos metros de distancia, yendo a caer sobre un matorral de cardos. Le pareció que mil alfileres se le clavaban en la carne, y se apresuró a levantarse, haciéndolo casi con la misma rapidez con que se había metido entre ellos.

El caballo ya estaba en pie mirándole con expresión de disculpa. —No has podido evitarlo, amigo —dijole Paddy saltando de nuevo sobre él—. Pero te ruego que otra vez que me tires tengas cuidado de no hacerlo encima de plantas tan poco amables —añadió sonriendo.

O'Darrell volvió a galopar con el mismo brío, y cuando llegó al

alto donde estaba situado el bosque, ya no vió rastro del falso policía. Había desaparecido entre los árboles que ocultaban la casa de Mr. Lindon.

Paddy recorrió todo lo más rápidamente que pudo el terreno que le separaba de la casa. Rodeaba a ésta una verja de metro y medio de altura, que el inteligente animal saltó con toda limpieza, cayendo al otro lado sobre el césped.

El detective miró en torno suyo con la esperanza de vislumbrar al ladrón, pero tampoco por allí se veían señales; entonces se apeó del caballo, fué hasta la puerta de la casa y llamó a Mr. Lindon por el nombre.

Su voz resonó en toda la casa sin que nadie le respondiera; únicamente oyó un golpe cerca de allí como de algo que cayera. Parecía venir del piso bajo de la casa, y Paddy abrió una puerta que había a la derecha. Se encontró ante una habitación bien amueblada, y lo que llamó su atención fué el espectáculo de un viejo atado a un sillón. Golpeaba el suelo con los pies, y tal era el ruido que había atraído la atención de Paddy. No le costó mucho tiempo el libertarle de las ligaduras, y a las apresuradas preguntas que le hizo, el detective obtuvo la respuesta que esperaba.

—¡Me ha robado uno de la policía montado! —gritó Mr. Lindon.

—¡No era tal policía! —respondió Paddy—. Es un pilla que se ha disfrazado de policía. Pero lo hemos de coger. No tema usted.

Y el detective volvió a salir corriendo de la casa, montó en el caballo e hizo volver a saltar la valla. Como antes, el animal salvó divinamente el obstáculo y en un minuto estaba otra vez Paddy corriendo por el páramo.

Un grito de gozo se escapó de sus labios al ver a un hombre corriendo delante de él. El malhechor volvió la cabeza, y al verse perseguido espoleó al caballo para sacar de él la mayor velocidad posible.

Pero el que llevaba Paddy era un corredor espléndido, y el detective fingió tomar otra dirección, haciendo así al fugitivo seguir casi en línea recta al molino.

Continuó la persecución más de un cuarto de hora, y al cabo de ese tiempo, Paddy distinguió allá a lo lejos a Bob acompañado del sabueso.

Entonces hizo unas señales conocidas sólo de los dos, y Bob comprendió que a él competía el detener al fugitivo. Fué directamente hacia él, y eso hizo virar el caballo en otra dirección; pero Bob dió una orden a Triller, y éste se abalanzó al falso policía agarrándole con los dientes por el

uniforme. Por la fuerza que tenía el perro, fué arrastrado fuera de la silla y dió en el suelo con sus huesos.

Antes de que pudiera levantarse ya estaba Paddy a su lado, y apeándose del caballo sacó unas esposas que le colocó en las muñecas.

Al registrarle los bolsillos encontraron una gran cantidad de billetes de Banco, que eran los que acababa de robar en casa de Mr. Lindon.

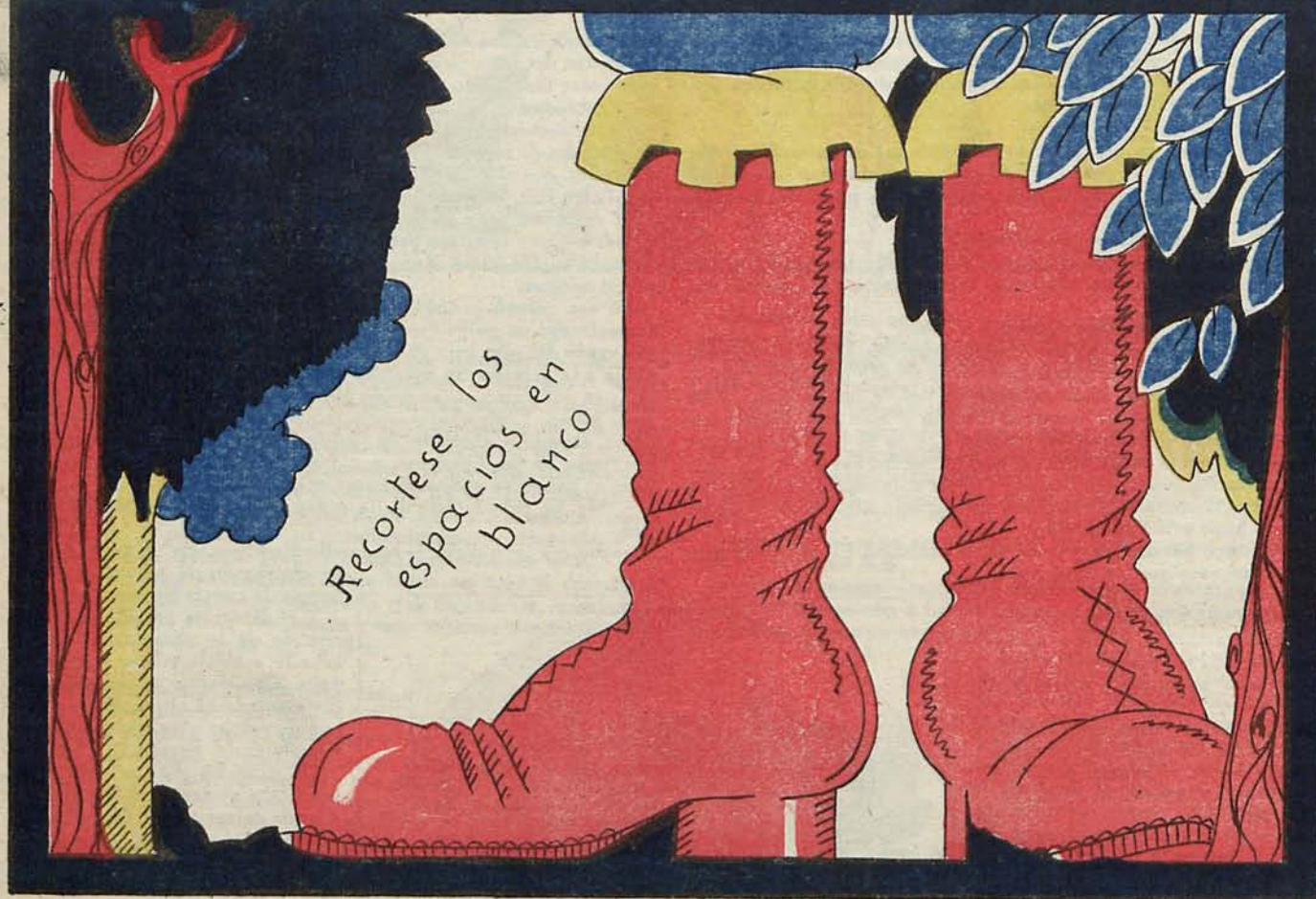
Cuando llegaron los dos al molino con el prisionero encontraron al verdadero policía ya completamente repuesto; púsose el uniforme y se hizo cargo del prisionero, y como tenía que conducirlo a Berford, le acompañaron Paddy y Bob.

—¡Al fin hemos encontrado el verdadero camino! —dijo Bob al entrar en la población.

—¡Y no sin bastantes emociones! —repuso Paddy—. Pero, en fin, el asunto las merecía.

El dinero fué remitido por una pareja de la guardia montada a Mr. Lindon, que fué uno más a bendecir los nombres de Paddy y su ayudante.





¡PINOCHISTAS! Para que podáis montar este teatro y representar las funciones, que para él os damos, ved las explicaciones publicadas en el núm. 41, página 17.



EL TEATRO DE PINOCHO

(Conclusión.)

M.-SOL. Pero ¿tiene usted callos?
V. GTE. ¡Claro! Si no, no me quejaría.
M.-SOL. ¡Pobre hombre!
V. GTE. ¡Ay, ay, ay!
M.-SOL. ¿Quiere usted que yo le raspe el callo?
V. GTE. ¿Tú? ¿Cómo?
M.-SOL. En mi equipaje he traído un rastrillo. Voy por él. Váyase usted descalzando. *(Vase la princesa y vuelve con el rastrillo. Para ello no hay más que sacar la figura correspondiente que se publica en la página de color.)* ¡Aquí está! *(Asoma un pie colosal del gigante, que ocupa casi toda la escena.)*
V. GTE. ¿No me harás daño?
M.-SOL. Descuide usted.
(La princesa rastrilla el pie del gigante.)
V. GTE. Muy bien, muy bien. Me encuentro mejor.
M.-SOL. Menos mal. Puede usted calzarse.
(El pie desaparece.)
V. GTE. ¡Ay, ay!
M.-SOL. ¿Otra vez el callo?
V. GTE. No, no es el callo. Es que al ponerme el calcetín me he cortado un padastro.
M.-SOL. Pero ¿tiene usted padastros?
V. GTE. Sí que los tengo. ¡Ay!
M.-SOL. ¿Qué descuidado!
V. GTE. ¡Ay, ay!
M.-SOL. ¡Pobre hombre! Traiga, yo se lo cortaré.
V. GTE. ¿Tú? ¿Cómo?
M.-SOL. En mi equipaje he traído una espada. Voy por ella. Espere usted un momentito. *(Vase y vuelve con una gran espada.)*
V. GTE. ¡Ay!
M.-SOL. Traiga usted la mano. *(Asoma una manaza que ocupa casi todo el escenario.)* Es cosa de un minuto. *(Da unos cuantos espadazos a la mano del gigante.)*
V. GTE. Muy bien, muy requetebien. Ha quedado perfectamente. Muchas gracias.
V. GTE. De nada. *(Desaparece la mano.)*
M.-SOL. Voy a dejar esto...
V. GTE. ¡Ay!
M.-SOL. ¿Qué le pasa ahora?
V. GTE. Este oído, que me... ¡Ay! Que me duele mucho.
M.-SOL. Lo tendrá usted un poquitin cochino.
V. GTE. Puede ser.
M.-SOL. ¿No se los limpia usted?
V. GTE. Nunca se me ha ocurrido. ¡Ay!
M.-SOL. Venga. Yo lo arreglaré.
V. GTE. ¿Cómo?
M.-SOL. En mi equipaje he traído un plumero. Voy por él. *(Vase y vuelve con un plumero de limpiar techos.)*
V. GTE. ¡Ah!
M.-SOL. ¡Pobre hombre! Ea, venga esa oreja.
V. GTE. ¿Me dolerá?
M.-SOL. Es cosa de un momento.
(Aparece un oído enorme y la princesa le da unos cuantos plumerazos.)
V. GTE. ¡Ay, qué alivio! ¡Esto es gloria! Gracias, hija mía.
M.-SOL. De nada, hombre.
(Desaparece la oreja.)
V. GTE. Ahora oigo mejor.
M.-SOL. ¡Claro! Como que no hay cosa peor que la cochinería.
V. GTE. ¡Ay! ¡Ay! ¡Esto sí que es peor!
M.-SOL. ¿Qué?
V. GTE. Las muelas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
M.-SOL. ¿Le duelen mucho?
V. GTE. ¡Ay! ¡Parece como si me fuera a morir!
M.-SOL. ¡Morirse por tan poca cosa! Eso se arregla en un momento.
V. GTE. ¡Ay! Esto ya no tiene arreglo.
UNAVOZ. *(Dentro.)* ¡Señor! ¡Señor!
V. GTE. ¿Qué pasa ahora?
UNAVOZ. El chocolate está ya a punto.
V. GTE. ¡Al diablo el chocolate! ¡Bueno estoy yo para esas tonterías!
UNAVOZ. Es que se le va a pasar el punto...
V. GTE. ¡Que se pase el punto y todo lo demás! ¡Que se hunda el mundo! ¡Déjame en paz! ¡Ay! *(Dulcemente.)* Oye..., oiga usted, princesa..., ¿dice vuestra alteza que esto se puede curar?
M.-SOL. Con una buena limpieza, como nuevo.
V. GTE. ¡Ay! Pero... ¿cómo lo va a limpiar vuestra alteza?...
M.-SOL. En mi equipaje hay una buena escoba y un saco de bicarbonato, que es muy bueno para la dentadura. Voy por ello.
(Vase y vuelve armada de una gran escoba.)
V. GTE. ¡Ay! ¡Ay! Me va a doler mucho...
M.-SOL. Más me va a doler a mí cuando me coman, y no chillo de esa manera.
V. GTE. ¡Ay! Pero es que...

M.-SOL. Venga, venga esa boquita...
(Aparece una boca descomunal, y la Princesa le da unos timpiones.)
V. GTE. ¡Ah! ¡Qué alivio tan grandel!
M.-SOL. ¿Ves, hombre?
V. GTE. Esto ya es vivir. *(Desaparece la boca.)*
M.-SOL. Es que no hay cosa peor que ser un cochinote...
V. GTE. Ahora lo comprendo...
M.-SOL. Pues eso hay que hacerlo todos los días, y ser una persona limpia y decente...
V. GTE. ¡Claro! Pero es que a mí nadie me lo había dicho nunca. Yo no he hecho nunca más que barbaridades y mi santa voluntad, sin que nadie me corrija y me enseñe. Nadie me ha dicho nunca lo que está bien ni lo que está mal hecho. Todos me han adulado por miedo a contradecirme y a que me los comiera también. No he tenido a mi lado una persona que me quiera ni un poquirritín y me cuide cuando me pongo malo y me pasa como hoy me ha pasado... Es muy triste estar solo y no tener ni una sola persona que le quiera a uno bien...
M.-SOL. ¡Pobre hombre!
V. GTE. A mí nadie me ha querido nunca... Por eso he sido un poco malo...
M.-SOL. ¿Un poco nada más?
V. GTE. Bueno..., un mucho. Mil toneladas de malo. Ya ves, esta tarde me iba a comer a vuestra alteza con chocolate...
M.-SOL. ¿Hubieras sido capaz?
V. GTE. ¡Vaya! No sería la primera... Pero ya no lo haré más... Estoy arrepentido, porque también me han limpiado el corazón... *(Un silencio.)* ¿Quiere vuestra alteza casarse conmigo?
M.-SOL. ¿Yo?
V. GTE. Sí. Ahora voy a ser bueno... Hará vuestra alteza lo que quiera de mí. Tan grande como soy, estaré a sus órdenes, a cambio de un poco de cariño.
M.-SOL. Pero... esto... así...
V. GTE. Soy un partido. Más de mil kilómetros alcanzan mis dominios; tesoros incalculables poseo en los más ricos metales y las más valiosas joyas. Soy bueno, honrado, trabajador... Yo protegeré al reino de vuestro padre con todo mi poder, y lo haré el país más rico del mundo. Yo estaré para satisfacer los más raros caprichos de mi princesa Mary-Sol... ¿Quiere vuestra alteza una estrella para adornar su frente? ¿Quiere un copo de nube para darse polvos con él en la cara? ¿Quiere mirarse en el espejo de la Luna? Bastaría la promesa de no volver a hacer mal a nadie.
V. GTE. Desde hoy seré una malva. He aprendido lo que vale ser bueno. ¿Quiere vuestra alteza casarse conmigo?
M.-SOL. ¿Sí? ¿No?
M.-SOL. ¡Magencio! ¡Magencio!
V. GTE. ¿Para qué llama vuestra alteza?
M.-SOL. Ya lo sabrás. ¡Magencio! ¡Magencio! No me oye. Tendrá los oídos tapados. ¿Quieres llamarle tú, que tienes más voz?
V. GTE. ¡Magencioooo!
MAGEN. Dentro. ¿Qué quiere usted, señor gigante? ¿Se ha comido usted ya a la princesa?
M.-SOL. Ven, Magencio.
MAGEN. ¿Os han comido ya, alteza?
M.-SOL. ¡Idiota! Si me hubieran comido, ¿cómo te iba a hablar?
MAGEN. Es que podía hablarme vuestra alteza desde el otro mundo.
M.-SOL. Ven acá, necio. *(Entra Magencio.)*
MAGEN. ¡Qué alegría de que aún no se haya comido el gigante a mi princesa!
M.-SOL. Voy a darte un recado para mi padre... Pero antes: ¡Señor gigante, si yo me quisiera marchar, ¿me comería usted o destrozaría mi reino?
V. GTE. Si mi princesa linda se quisiera marchar de aquí... yo me moriría de pena.
MAGEN. ¿Cómo ha cambiado este bárbaro!
M.-SOL. Entonces, Magencio, ve a decir a mi padre que el gigante Tragabuches pide mi mano.
MAGEN. ¡Menos mal! Se la iba a comer toda, y ya se contenta con una mano...
M.-SOL. Dile que si él quiere me casaré con el gigante.
V. GTE. ¿Y si no quiere?
M.-SOL. Mi padre quiere siempre todo lo que quiero yo...
MAGEN. ¿Y vos, alteza?
V. GTE. Y... ¿y vos, alteza?
M.-SOL. Yo... por mí... no tengo inconveniente...
MAGEN. ¡Vivan los novios! ¡Viva la pareja más desigual del mundo!
M.-SOL. ...Y la más feliz.

TELÓN

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

NUEVAS AVENTURAS

Libre en plenas líneas enemigas, y mientras el Estado Mayor rogaba por mi alma de fusilado, me dediqué a observar al detalle las condiciones en que estaba instalado el ejército del Norte.

Para no sufrir los efectos de mis proyectiles, habían construido las trincheras de muy extraño modo. En un agujero que se corría todo a lo largo del frente se guarecían los soldados.

En la parte de fuera, y apuntando al enemigo, estaban, sujetas por una horquilla de hierro, las carabinas. El método de disparar era sencillo. Desde dentro de la cueva los soldados disparaban con unas escopetas de aire comprimido, apuntando a los gatillos de las carabinas; cuando acertaban salía el tiro de verdad. Claro está que la puntería dejaba mucho que desear; pero, en cambio, los soldados estaban seguros en su refugio y, además, el último grito de la táctica era que no hacía falta apuntar en las batallas, sino que lo que había que hacer era disparar muchos tiros, pues ya se sabía que las balas perdidas son las que hacen más bajas, y que siempre son estas de calidad.

Como consecuencia de ese método, inventado por el general Nao-Chin, que por cierto poseía una fábrica de municiones, el ejército del Norte se pasaba el día disparando.

Pero como (se demostró en mi fusilamiento) las balas eran de cartón imitando acero, no llegaban a las líneas nuestras.

Lo que más me chocó fué que encima de cada fusil había un paraguas abierto. Tanto me extrañó, que le pregunté la causa a uno de los soldados, que al punto me lo explicó.

—Ya sabe usted —me dijo— el refrán ese de que con un paraguas abierto ya pueden caer chuzos de punta. Pues el Estado Mayor ha pensado que si los paraguas protegen de los chuzos de punta, bien pueden guardarnos de unos simples balines...

Quedé asombrado de la idea genial.

Seguí recorriendo todo el campo atrincherado y enterándome de todo. Sin embargo, comencé a notar que mi presencia era acogida con extrañeza. Como aún no me había quitado mi disfraz de espía, toda aquella gente, dándose cuenta de lo que era, comenzó a criticarme.

—¡Vaya un fresco! —decían—. Si es un espía, ¿qué viene a hacer en nuestras líneas?

—Pues es natural que esté en las nuestras, porque de estar en las suyas sería un espía nuestro.

Pronto se formaron dos bandos: el uno, que decía que yo estaba allí en perfecto derecho por ser un espía enemigo, y los otros, que censuraban mi intromisión.

—Pues habrá que avisar a los jefes —dijo uno de los acusados.

Me cogieron y me llevaron otra vez ante el Estado Mayor.

—¡Hombrel, otra vez el fusilado —dijeron al verme entrar.

—Aquí traemos este caballero, que por las trazas debe ser un enemigo.

—Que se explique —dijo el Estado Mayor dirigiéndose a mí.

Yo comprendí que el momento era grave y que me estaba jugando hasta el chaquet.

—Señores —dije—, buenas tardes; cuánto tiempo

hace que no les veo —y le di un abrazo a cada uno de los generales—. He venido a convidarles a ustedes al «cine» y a pedirles un favor. Les ruego me presten tres duros, que se los devuelvo mañana.

Uno de los generales sacó los tres duros, que luego resultaron ser falsos, y me los entregó.

Entonces los que me habían traído insistieron:

—Pero que conste categóricamente si es amigo o enemigo.

Entonces respondí yo:

—Pero, señores, si esto está muy claro; vean si no mi manera de proceder, que contesten por mí los señores generales.

—Es verdad —dijeron los generales—; no nos cabe duda de que es un amigo: nos ha saludado, nos ha abrazado, nos ha convidado al «cine» y, por último, nos ha pedido dinero. Nunea un enemigo se hubiera atrevido a darnos un sablazo. Eso no lo hacen más que los amigos.

—Es verdad, es verdad —se oyó decir a todo el mundo—; se trata de un amigo.

Entonces me despedí de aquellos señores volviendo a abrazarlos, dándoles palmaditas en los hombros. Y regresé a mis líneas cantando el «Alirón» en chino, que es así:

Chan chin, chon,
chan chin chon,
chan chin chon,
chon, chon, chon, chon.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



¡IDIOTA! ¿NO DECÍAS QUE QUERÍAS SER ACTOR DE CINE?

¡SI! PERO LO QUE YO NO QUIERO ES QUE ME DEVORE UN TIGRE!

POLIPÁN Y CAÑAMÓN

HE VISTO UN ANUNCIO DONDE SOLICITAN USTEDES UN DOMADOR DE LEONES PARA HACER UNA PELÍCULA.

SI, PERO YA NO ES LEÓN LO QUE HAY QUE DOMAR, SI NO UN TIGRE. AL LEÓN HUBO QUE MATARLE DE UN TIRO, PORQUE NO SE LLEVABA BIEN CON EL DOMADOR. AHÍ ESTÁ SU PIEL.

TENIA CARA DE POCOS AMIGOS.

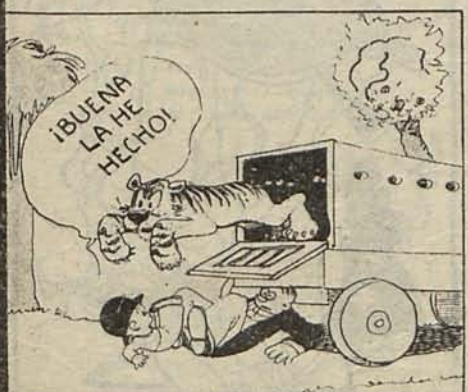
BUENO, YA QUETE HE ARREGLADO ESTE NEGOCIO, VOY A ECHAR UNA SIESTECITA, PORQUE ME CAIGO DE SUEÑO.

¿Y TÚ QUÉ VAS A HACER MIENTRAS TANTO, CAÑAMÓN?

¿YO? NO SÉ.

LA VERDAD ES QUE ES O DE LA SIESTECITA NO ES NINGUNA TONTERIA, CON EL CALOR QUE HACE...

¿QUÉ HABRÁ EN ESTA JAU-LA?



¡BUENA LA HE HECHO!



DEJAME, CAÑAMÓN, NO SEAS PELMITA.



¡MIAU!

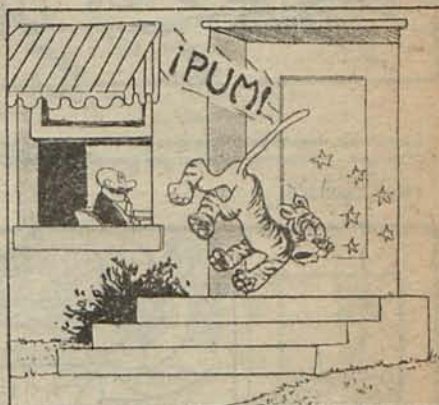


¡CARAMBA, SEÑOR DE LEÓN, CUÁNTO GUSTO DE VERLE! VAYA, ESPEREME AQUÍ UN MOMENTITO, QUE EN SEGUIDA VUELVO, SIMPÁTICO REY DE LA SELVA!

EH, PANCHITO, ¿NO VES QUE NO ES UN LEÓN, QUE ES UN TIGRE?



¡ESOS IMBÉCILES NO COMPRENDEN QUE YO LE LLAMO LEÓN PARA HALAGARLE.



¡PUM!



¡PRONTO HAS DADO LA VUELTA! ¿ES QUE QUIERES EMPEZAR A TRABAJAR EN SEGUIDA?



LO QUE VENGO ES A DECIRLE QUE NO CUENTE CONMIGO COMO DOMADOR.

¡PERO SI ES MUY FÁCIL! TODO CONSISTE EN MIRAR FIJAMENTE A LA FIERA Y QUE VEA QUE NO SE LA TIENE MIEDO.

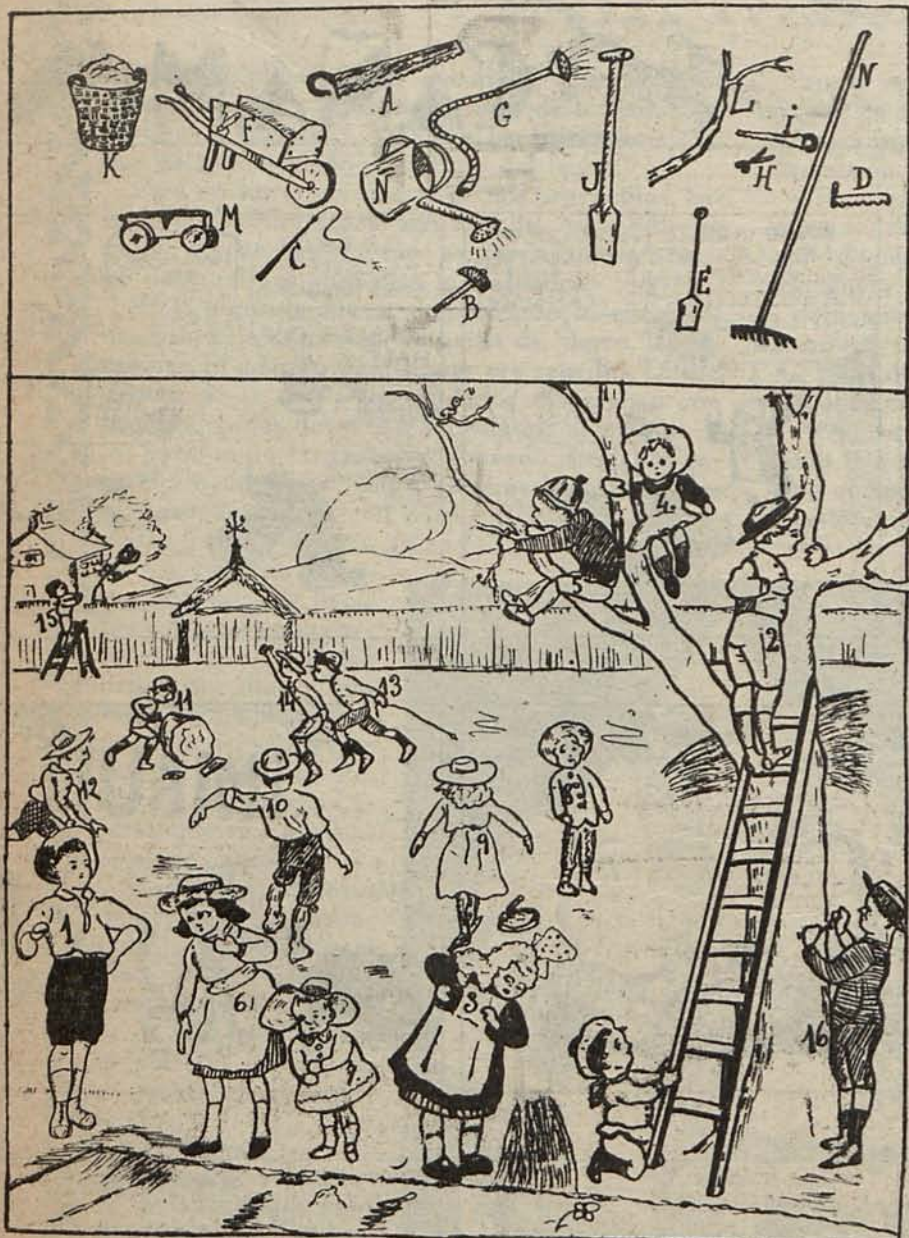


PUES APROVECHE USTED LA OCASIÓN Y MÍRELA, MÍRELA FIJAMENTE, PERO TENGA CUIDADO CON LAS GAFAS.

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

PROBLEMA



La solución de este problema consiste en averiguar cuál es el instrumento de trabajo o juguete, de los arriba dibujados, que corresponde al niño; por ejemplo: El martillo, objeto B, corresponde al niño 16, y así sucesivamente. JOSÉ MARÍN MORENO. Catorce años.

132. P. Sección B.



MODO DE FABRICAR UN MOLINO

¡Lo que se puede uno divertir con un molino! ¿Que no sabéis cómo se hace? Pues es muy sencillo.

Se coge un papel cuadrado, en el cual se dibujan las líneas de puntos 1, 2, 3 y 4, que no lleguen al centro 5.

Se da un tijeretazo siguiendo dichas líneas y se dobla el vértice 1 de modo que rebase un poco el centro 5. Encima se coloca la punta 2; sobre ésta la 3, y, por último, la 4.

Se atraviesan todas por un alfiler, que se clava al extremo de un lápiz o una varilla, y... echar a correr para coger viento si no lo hace.

(Fuera de concurso.)

134. P. Sección B.

EL GIGANTE



Juanito, el valiente paladin, corre a libertar a la princesa que tiene prisionera el fiero gigante. ¿Dónde está Juanito y dónde se halla la pobre princesa? (Fuera de concurso.)

LOGOGRIFOS



Substituir los cuadrados por letras, de manera que tanto en sentido vertical como horizontal se lean las indicaciones insertas a la derecha del dibujo.

133. P. Sección B.

JUAN SÁNCHEZ CAMPOS. Medina del Campo (Almería).

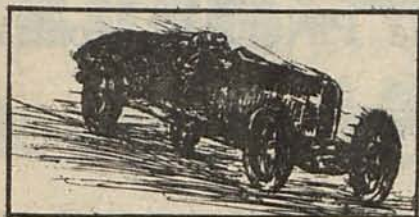
GU GU

ASCENSIÓN SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ. Sonseca.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

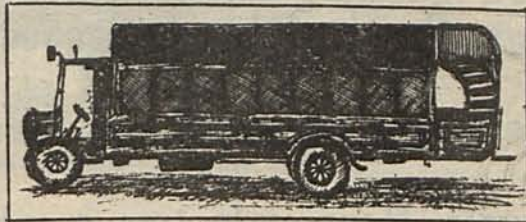
DIBUJOS



En las carreras.

ALEJANDRO GONZÁLEZ.
Doce años. Santander.

662. D. Sección B.



Moderno autobús de Buenos Aires.

FRANCISCO PASTRANA.
Catorce años. Buenos Aires.

663. D. Sección B.



Bañándose.

LUIS LORENZO GARCÍA.
Catorce años. Ribadeo (Lugo).

664. D. Sección B.



Gran cine Pinocho.

JOSÉ M. SOLER.
Trece años. El Escorial.

665. D. Sección B.



¡Auriga!
CARLOS FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.

666. D. Sección B.



Pinocho comiendo dátiles en el palmar de Elche.

ASUNCIÓN JAÉN.
Diez años. Granada.

667. D. Sección B.

Un empleado de la estación encuentra a un francés orinando sobre un saco de harina.

—¿Por qué hace usted eso ahí? —le pregunta el empleado.

—Je ne comprend pas —contesta el francés.

—¿Y porque no compre usted pan va a orinar encima de la harina?

JOSÉ LUIS ALVAREZ.
Trece años. Gijón.

53. CH. Sección B.

Entre un quinto y un sargento.

El sargento: ¿Qué cómo se hacen los cañones?

Pues muy fácil, bestia.

Se coge un agujero, se le forra de acero y ya está.

54. CH.

—Y usted, ¿qué oficio tiene?

—Soy tratante en...

—Me lo figuro: no hay más que verle a usted la cara; un tratante en granos.

ANTONIO A. GARCÍA.
Diez años.

55. CH. Sección B.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.

¿Cuál es el cereal que todos tenemos en el cuerpo?

¿...?
L'avena.

MIGUEL A. RÓDENAS.
Trece años. Madrid.

56. CH. Sección B.

¿Cuál es el colmo de la velocidad?

¡...!

Llegar antes de haber salido.

ANTONIO VILDASOLA.
Trece años. San Sebastián.

57. CH. Sección B.

¿En qué se parece Romanones a un huevo?

En que Romanones es con-de y el huevo es con ache.

ANTONIO PÉREZ.
Diez años.

58. CH. Sección B.

¿Cuál es el colmo de un zapatero?

Coser un balón con un cabo de vela.

FEDERICO SERRANO.
Ocho años. Madrid.

59. CH. Sección A.

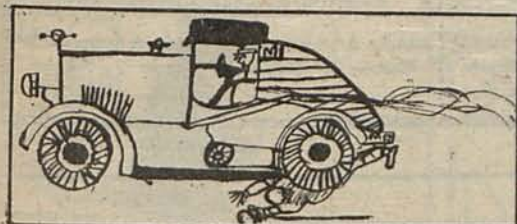
¿En qué se parece San Sebastián a una tortuga?

¿...?

Pues... en que tiene Concha.

M. INFANTE.
Doce años. Madrid.

60. CH. Sección B.



El accidente de hoy.

668. D. Sección B.

JULÍN G. POLA.
Nueve años.

669. D. Sección B.



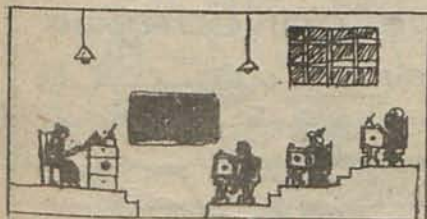
Mi auto de carreras.

JAIME GUINEA.
Doce años.



Un futbolista.
JUAN ARTIS.
7 años. Barcelona.

670. D. Sn. B.



La escuela donde yo aprendo.

671. D. Sección B.

MARIANO URDIAIN.
Nueve años. Madrid.



Paisaje.
ENCARNACIÓN MATO.
Trece años. Valladolid.

672. D. Sección B.



Un turco con su turca.
ISIDRO ARCOS.
12 años. Albacete.

673. D. Sn. B.



Partido de fútbol.

674. D. Sección B.

LUIS BERMEJO.
Quince años.

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba *por un año* tiene derecho a pedir —al hacer su suscripción— los regalos siguientes:

1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO contra CHAPETE.

2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.

3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones se pueden obtener preciosos regalos.

4.º Tres vales para hacer tres pedidos de libros a la Editorial "Saturnino Calleja", sin limitación de precio y **con una rebaja del 25 por 100**.

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar pesetas 1,50 para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

CORRESPONDENCIA

(G. F. J.).—Aunque tu intención es fundamentalmente buena, acaso no tenga una buena y rápida solución. Tu dibujo no saldrá tan pronto como yo quisiera. Ello quiere decir que no podrás conseguir, por colaboración, otros cien números más para el sorteo. No puedo violentar el orden de los trabajos. Repara en mi fama de justiciero, y dime si para mantenerla no he de obrar así, ustamente, en todas las ocasiones.

Meche la Enmascarada. (San Sebastián).—Perdóname si la vez anterior, contra tus deseos, no guardé el incógnito de tu nombre. Ello fué un delito en el que no me cabe responsabilidad, pues si digo verdad no recuerdo tu indicación. Ya lo tendré en cuenta, desde luego, para todas las demás veces que calgan por aquí trabajos tuyos. En cuanto a tus pasatiempos, publicaremos uno, el más apropiado para PINOCHO. Ya ves que soy complaciente y que tengo verdaderos deseos de que me escribas contenta, sin motivo a queja alguna. Recibe un abrazo de tu buen amigo... ¡Ah!, me olvidaba. Perdona si he variado un poco tu seudónimo. En tu carta dice: «Enmascarada». A mí me parece más bonito Enmascarada. De todas formas, lo pongo a tu juicio para que tú decidas, pues en esto, como en tantas cosas, no me atrevo a decidir por mí mismo.

Antonio García Mendoza. (Vitoria).—Querido Antonio: Desde luego, me parece muy bien tu resolución de enviarme, a la mayor brevedad posible, conforme concluyan de publicarse, los cupones que estoy dando ahora. Pero no me parece tan bien, sin embargo, el que me remitas con ciertos fines un dibujo, sólo uno, para conseguir otros 100 números. Digo que no me parece bien, porque no ha de ser eficaz. No dará tiempo a que ese dibujo cumpla el fin que lo destinan.

Concha Albore. —Me alegra muchísimo que haya contribuido a la esplendidez y hermosura de tu verano la máquina fotográfica que te correspondió como premio en uno de los concursos organizados por PINOCHO. Ello me alegra sobre manera, y ya puedes darte idea lo que deseo que más adelante, según los merecimientos de tus trabajos, adquieras nuevos premios, nuevos regalos que contribuyan a hacerte el verano, el próximo, lindísimo, extraordinariamente feliz.

En cuanto a las figuras recortables, no hay por qué preocuparse. Precisamente, en estos números damos un teatro que viene a sustituir con sus figuras a aquellos pasatiempos de figuras recortables de los primeros números.

Antonio Domínguez García. (Barcelona).—Dea de tus dibujos, los que vienen a tinta, saldrán en PINOCHO. Los demás, por venir a lápiz, quedan en el cofre de los siete candados. Espero que para otra ocasión no olvidarás la lección dolorosa —tan a mi pesar, desde luego— de este día.

Abrazos, apretones de manos, etc., etc.

Juan Pérez López. (Valladolid).—¿Y el cupón?

Maria Esther Rodríguez Bauzá. (Madrid).—Mi querida amiguita: Ahora eres ya una buena Pinochista, en el sentido de que piensas mandarme trabajos constantemente. Me alegro, me alegro que así lo hagas, pues lo que hoy me envías —este tipo fantástico, con su quitasol de raso rosa —me maravilla. Tu eres una dibujanta admirable, María Esther. Acaso no lo sepas siquiera.

En cuanto a los demás encargos que me haces, ya puedes suponer. Tomé nota de ellos, y a estas horas ya están cumplidos.

Mi enhorabuena, seis besos de Pirula, un mi abrazo muy apretado, y saludos de Don Turulato y Currinche.

Tomás G. Ruiz-Capilla. —Mi buen Pinochista: Como tantos otros, me has remitido un cupón de regalo a destiempo. Hay que enviar estos cupones para que tengan eficacia —es decir, para que puedan ser cambiados por los cien números del próximo sorteo—, hay que enviarlos de una vez, pues de otra forma se pierden inútilmente. Espero, pues, que este aviso te servirá para corregir la ligera pifia.

Héctor Losada Álvarez (Madrid).—Has cometido el mismo error que Tomás, tu antecesor.

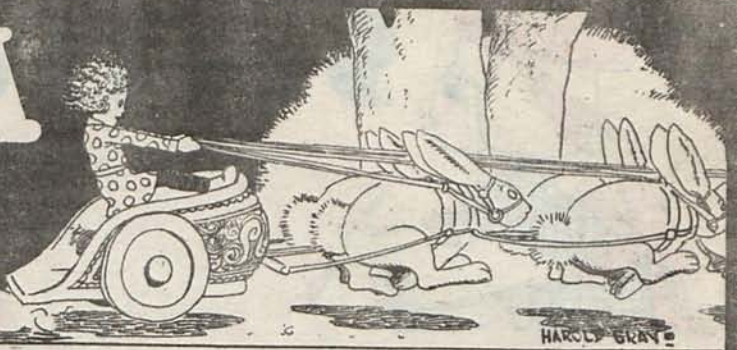
Antonio Palomo Sanromán. (Vitoria).—A lápiz no puede ser. A tinta, como tengo indicado, sí.

BOLETÍN DE VOTACIÓN DEL MES DE DICIEMBRE					
PROBLEMAS		CH. ILUSTRADO		CH. SIN ILUSTRAR	
SECCIÓN A Número	SECCIÓN B Número	SECCIÓN A Número	SECCIÓN B Número	SECCIÓN A Número	SECCIÓN B Número
Cuentos		Dibujos		Historietas	
SECCIÓN A Número	SECCIÓN B Número	SECCIÓN A Número	SECCIÓN B Número	SECCIÓN A Número	SECCIÓN B Número

PINOCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 45	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son	
remite un trabajo para el Concurso de (1).	
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)	
(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.	

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRAY



ESTA VEZ SI QUE ME PERSIGUEN DE CERCA COMO ME COJAN, ME VAN A TENER EN LA CÁRCEL LO MENOS VEINTE AÑOS!



ME ESCONDERE AQUI PARA PASAR LA NOCHE. SI ME DESCUBREN, NO ME DEJARÉ COJER VIVO. IVA A HACER FALTA UN REGIMIENTO PARA PRENDERME!



¡DE MONIO! SE ME HABIA OLVIDADO PONERLE LA COMIDA A MI GALLINITA! ¡Y LA POBRE ESTÁ TAN OCUPADA CON SUS POLLUELOS, QUE NI SIQUERA SE HABRÁ DADO CUENTA DE MI OLVIDO!



¡QUÉ CONTENTA SE VA A PONER AL VERME CON SU COMIDA! DEBE DE SER MUY FASTIDIOSO ESO DE ESTAR TANTO TIEMPO ENCIMA DE LOS HUEVOS!

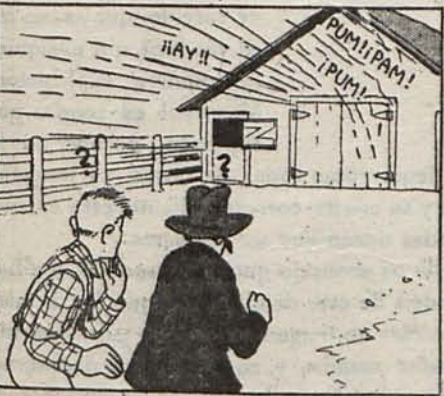


EL FAMOSO LADRÓN "MASCACHOMBRES" ACABA DE ROBAR EN LA VILLA. LE ESTOY PERSIGUIENDO Y ME PARECE QUE SE HA METIDO AQUI. ¿ME PERMITE USTED QUE REGISTRE LA CASA?

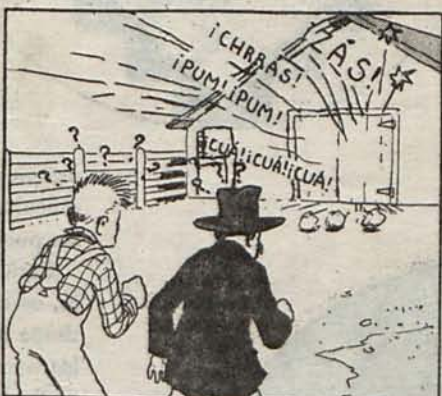


ESPÉREME UN MOMENTO, SHERIFF. VOY POR LA ESCOPETA Y LE ACOMPAÑARÉ.

NO, USTED NO VENGA, PEDRO; ES UN HOMBRE PELIGROSO Y PODRÍA HERIRLE. IRÉ YO SOLO; EL PAÍS ME PAGA PARA ESO.



¡AY!!
PUM! PAM!
¡PUM!



¡CHRRAS!
¡PUM! ¡PUM!
¡CUA! ¡CUA! ¡CUA!



¡SOCORRO!



¡YA TE ENSEÑARÉ YO A ASUSTAR A MI POBRE GALLINITA!



¡POR FAVOR, SEÑOR SHERIFF, ME ENTREGO A USTED, PERO APARTE A ESTE DIABLO PINCHANTE!

¡DEJÁRMELO AMÍ, QUE LE VOY A DAR UNA LECCIÓN!

¡DEJALE YA, ANITA!



¡POBRECITA MÍA! ¡YA NO TE HARÁ MÁS DAÑO ESE PAJARRACO! ¡CUANDO HA EMPEZADO A DISPARAR SU PISTOLÓN Y TE HAS ASUSTADO, NO ME HE PODIDO CONTENER UN MINUTO MÁS!

¡CUA! ¡CUA!



Sección Pirula

PIRULA, BORDADORA

Servilletas de té.—¿Os acordáis de mi amiguita Cucha, de quien ya os hablé en otra ocasión? Pues bien. Quien la viera tal como está en este momento, con la cabeza gacha, con su boquita de cereza en forma de *puchero* y retorciendo entré sus dedos una esquina de su delantal; quien la viera así, repito, creería, quizá, que Cucha tiene mal genio. Pues no, señor; lo que pasa es que Cucha... ¡se aburre!

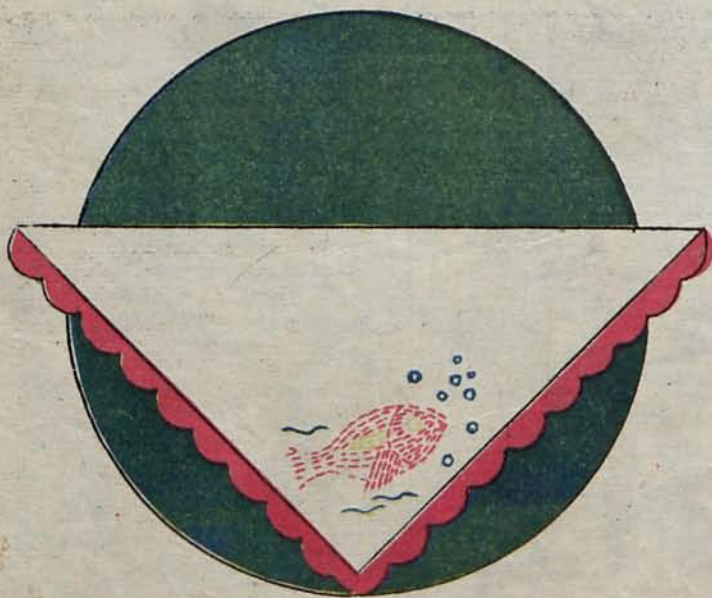
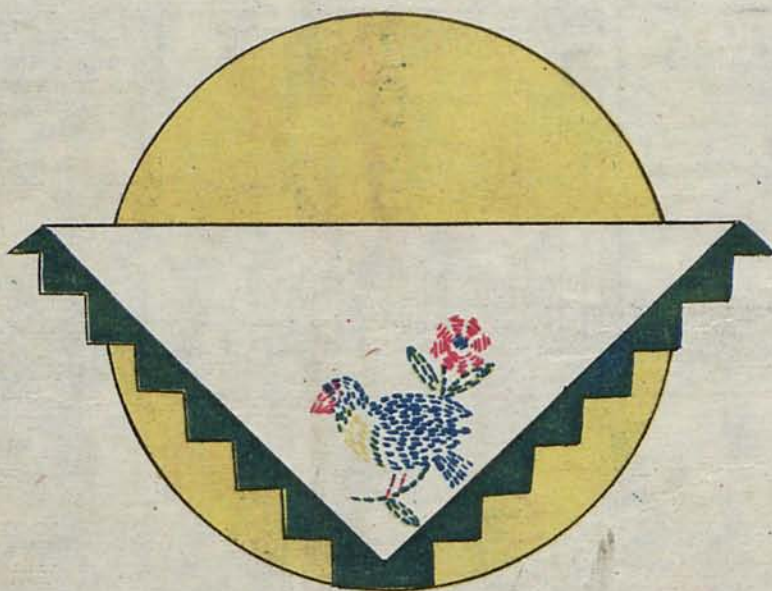
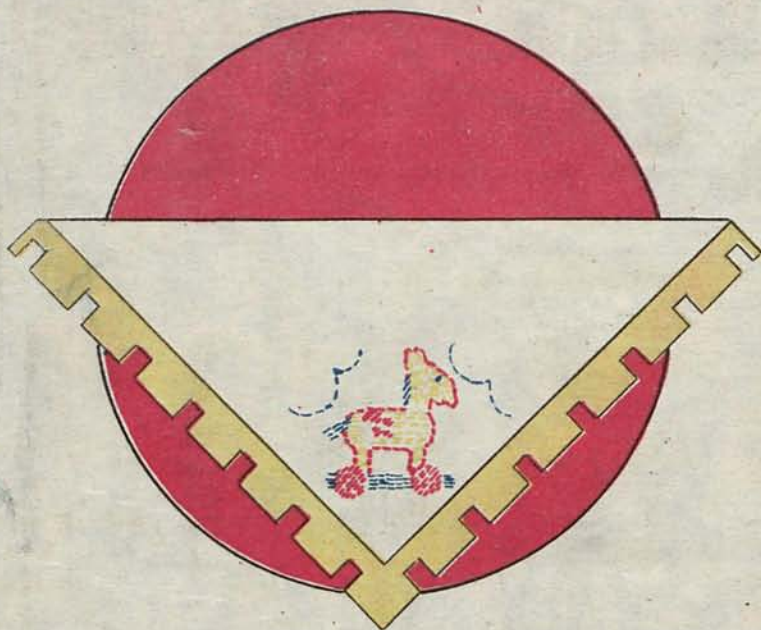
¡Aburrirse! ¡Qué cosa más fea, más absurda, más imposible en una niña a poco inteligente que se al Y Cucha lo es. Lo que pasa es que no siempre le gusta jugar y mirar estampas; ella es aplicada y quisiera bordar.

—¿Y por qué no copias, como yo, los modelos de Pirula? —le pregunta su hermana mayor, Mercedes, toda una damisela de trece años.

—Porque no sé bordar —murmura Cucha, compungida, a punto de llorar.

Y no os sorprenda, lectoritas queridas, esta respuesta; pensad que Cucha es muy chiquirritina; tiene —según afirma ella misma, muy seria— cuatro años y *medio*; y sus dedos son algo torpes, inhábiles todavía, a pesar de su buena voluntad, para las labores de aguja.

Por eso, hoy quiero



dedicarle mi *Sección* a Cucha y a todas las niñas que, como ella, necesitan para distraerse labores excepcionalmente fáciles y sencillas.

Ya sé que ellas no leerán estas líneas; pero se las leeréis en voz alta vosotras, sus hermanas, sus *segundas mamitas*, mis grandes amigas de siete años en adelante.

Y, con vuestra acostumbrada paciencia, les enseñaréis a bordar estas servilletas de té, a punto de zurcido, que es tan fácil, tan fácil, que ni siquiera requiere explicación. Muy fácil, en teoría, por supuesto, porque en la

práctica tiene, como todas las cosas, su pequeña dificultad y su mérito correspondiente; esto es, que las puntadas tienen que ser regulares.

Para ello os aconsejo que, al reproducir el dibujo, os cuidéis de este detalle, para que las bordadoras novicias no tengan más que seguir fielmente las puntadas trazadas; y, encantadas de distraerse, aprenderán a bordar y, de paso, hacer tan preciosa labor.

Porque las servilletas, por la gracia de los dibujos y la delicada combinación de colores —marrón, rojo y azul marino, el caballito de cartón; los mismos tonos con verde; el pez y el pajarito—, han de resultar preciosas, sobre todo con las orlas festoneadas, de las que os presento tres modelos distintos: uno, verde y picudo; otro, rosa y redondeado, y otro, cuadrado, amarillo.

Ni que decir tiene que estas orlas las pegaréis vosotras, bordadoras expertas, con una vainica, y las festonearéis con algodón de bordar, negro.

—¡Y poco orgullosas se van a poner las «Cuchas» de realizar *ellas solitas* tan magníficas servilletas de té!